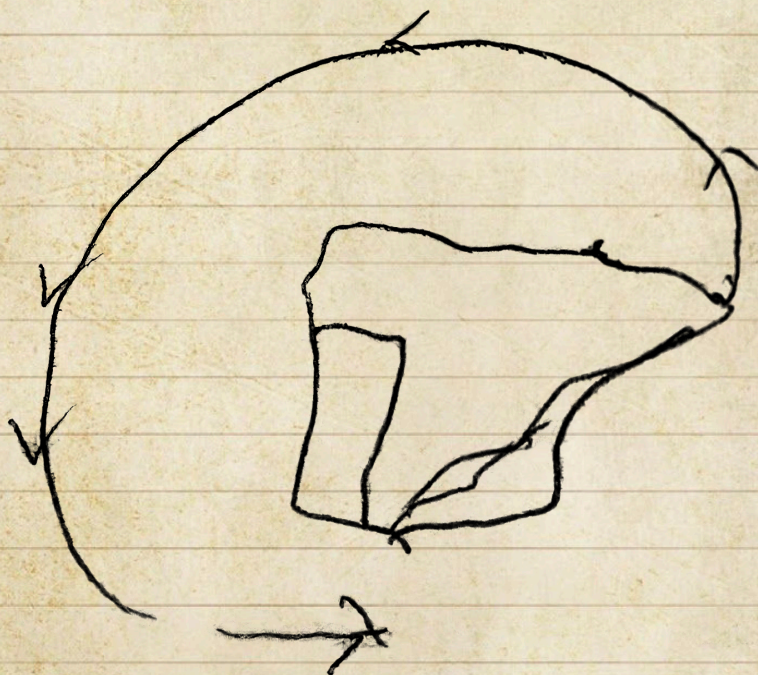


Iberismo y transiberismo: mitos, traumas y representaciones

Carlos Reis



A península desliza em linha recta,
entre o paralelo 38 e 43. D'ahi se
distribuem-se entre o paralelo
37 e 40. A canchallista da-se ao
A Viajem até 4.000 km meridiano 40.

Catálogo de publicaciones del Ministerio: <https://sede.educacion.gob.es/publiventa>
Catálogo general de publicaciones oficiales: <https://cpage.mpr.gob.es/>

Título:

Iberismo y transiberismo: mitos, traumas y representaciones

2023, Acción Educativa Exterior (AEE)
Paseo del Prado, 28· 28014 Madrid

@ Carlos Reis, por el texto.
@ Susana Gil Llinás, por la traducción.
@ Mario Bedera, por la nota previa.
@ Antonio Saéz Delgado, por el prólogo.
@ José Saramago, por el apéndice.

Diseño de cubierta y maquetación: Sara Juárez Batista

Aviso Legal:

El apoyo de la AEE para la elaboración de esta publicación no implica la aceptación de sus contenidos, que es responsabilidad exclusiva de los autores. Por tanto, la AEE no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Imagen de la cubierta: José Saramago



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL
Secretaría de Estado de Educación
Dirección General de Evaluación y Cooperación Territorial
Unidad de Acción Educativa Exterior

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones
NIPO (línea): 847-23-118-5
NIPO (papel): 847-23-117-X
ISBN: 978-989-98690-4-2

Todas las imágenes incluidas cuentan con la autorización para su utilización en esta publicación o se encuentran bajo licencia creative commons

ÍNDICE

Nota previa Mario Bedera	04
Prólogo Antonio Sáez Delgado	10
Iberismo y transiberismo: mitos, traumas e imágenes Carlos Reis	16
Apéndice Mi iberismo Descubrámonos los unos a los otros José Saramago	78



NOTA PREVIA

Mario Bedera

Consejero de Educación en Portugal

En enero de 1985, Enrique Tierno Galván recibía la Medalla de Honor de la ciudad de Lisboa y la Gran Cruz de la Orden Militar de Cristo, dos de las más altas distinciones de la República Portuguesa. En su alocución de agradecimiento, el entonces alcalde de Madrid comenzaba señalando: “Aprendí a querer a Portugal leyendo a los autores del 98 español; leyendo después su historia”. *El Viejo Profesor*, redactor del Preámbulo de la Constitución española de 1978, defendió en ese acto la importancia del acercamiento entre España y Portugal tras décadas de desconocimiento y olvido mutuo: “Cuando hay luz del conocimiento, todo es más fácil. Pero cuando la ignorancia pone su paño opaco ante los ojos, nace el dogmatismo, nacen los prejuicios e incluso los fascismos”.

Pocos meses después, en la sección de opinión del lisboeta *Diário de Notícias* se comentaba la celebración de la III Cumbre Ibérica en Guimarães (1986). El columnista, un joven António Mega Ferreira (convertido años después en uno de los grandes gestores culturales portugueses), huía de la crónica rutinaria y trasladaba el diálogo político de la cumbre al terreno literario recordando la publicación en esos días del *Epistolário Ibérico*, la colección de cartas intercambiadas entre Teixeira de Pascoaes y Unamuno, que en palabras del poeta José Bento, prologuista de la obra, reflejaba “un entendimiento de una profundidad quizá nunca alcanzada entre un portugués y un español”. En su artículo, resaltaba también el desconocimiento entre los dos países vecinos al que aludía Tierno Galván e identificaba su causa: “décadas de sospecha (nuestra) o indiferencia (suya)”, a las que ponía fin la publicación del *Epistolário*.

En ambos casos, tanto Tierno como Mega Ferreira destacaban la difícil etapa de convivencia durante las dictaduras ibéricas, en la que pudo acuñarse la conocida expresión de dos países viviendo de espaldas (*de costas voltadas*). Son las décadas de sospecha (portuguesa) e indiferencia (española) a las que alude el periodista luso y que el alcalde de Madrid definió como “época de relaciones extremadamente artificiosas y carentes de autenticidad”. Sin embargo, también se recuerda que hubo un tiempo anterior donde se percibió, sobre todo en el ámbito cultural, un profundo acercamiento y afinidad entre intelectuales ibéricos interesados por el diálogo peninsular. La relación epistolar Unamuno-Pascoaes es solo un ejemplo de la búsqueda de ese encuentro, pero ejemplo no menor, pues siendo el rector de Salamanca el lusitanista español más prestigioso y el mediador cultural peninsular más reconocido en su momento, a buen seguro fue una de las fuentes noventayochistas en las que Tierno Galván aprendió a querer a Portugal.

De esas complejas relaciones entre los dos pueblos vecinos, de sus fricciones, conflictos, desconfianzas, y de su proyección en el telón de la historia peninsular teniendo por hilo conductor los textos de cuatro autores fundamentales de la literatura portuguesa, es de lo que trata este libro ibérico o quizá transibérico de Carlos Reis, catedrático de Literatura portuguesa y Teoría de la literatura de la Universidad de Coimbra. Su trabajo, *Del iberismo al transiberismo. Mitos, traumas e imágenes*, tiene su origen en la conferencia que con el mismo título pronunció el autor en la apertura del *VIII Congreso internacional sobre la enseñanza del español en Portugal*, organizado por la Consejería de Educación de la Embajada de España en Portugal y por el Instituto de Estudios Españoles de la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra, los días 29 y 30 de junio y 1 de julio de 2022.

El profesor Carlos Reis es posiblemente la máxima autoridad en Estudios literarios y Literatura portuguesa de los siglos XIX y XX, y su prestigio al frente de instituciones como la Biblioteca Nacional de Portugal, la Universidad Aberta, o de efemérides de gran valor simbólico para el país como la Comisión Nacional para las Conmemoraciones del Centenario de la muerte de Eça de Queirós y el Comisariado del Centenario de José Saramago, le convierten en figura central de la cultura portuguesa contemporánea por la que ha recibido algunos de los más importantes reconocimientos nacionales, como el *Prémio Jacinto do Prado Coelho* de la Asociación portuguesa de críticos literarios, el *Prémio Eduardo Lourenço* del Centro de Estudios Ibéricos o el *Prémio Vergílio Ferreira* de la Universidad de Évora al conjunto de una obra literaria.

Para la Consejería de Educación de la Embajada de España en Portugal, el ensayo de Carlos Reis tiene un importante valor añadido que se acumula al manifestado por el profesor Antonio Sáez en el prólogo de este libro, al menos en un doble sentido. Desde el punto de vista de la labor que desarrolla esta consejería, resulta de gran interés la reflexión del autor sobre la posibilidad de que la propia enseñanza del español en Portugal pueda verse condicionada por las tensiones, mitos y traumas que conforman “el imaginario portugués sobre España”. Por otro lado, desde el campo de la diplomacia cultural, interesa destacar la conclusión a la que llega Reis tras rastrear la imagen de España en Portugal, durante el último siglo y medio, en la obra de los autores seleccionados: “merece la pena descubrir y conocer a nuestro vecino, empezando por... aprender el idioma y ampliar así considerablemente nuestro conocimiento de la cultura y la literatura españolas”, afirmación que bien podríamos suscribir del otro lado de la Raya respecto de la lengua y la literatura portuguesas.

Pero tras esta afirmación en la que se adivina a partes iguales un profundo conocimiento de la cultura española y un gran cariño por sus diferentes culturas literarias, Carlos Reis da un paso más y, desde su confesado iberismo, reclama una renovación en las relaciones entre los dos vecinos peninsulares en la línea del movimiento impulsado por los Estudios Ibéricos, que supondría trascender y superar el marco histórico de los tradicionales Estados-nación que caracteriza en la actualidad las relaciones culturales bidireccionales entre Portugal y España, para dar paso a un nuevo marco de referencia iberista: el que representa la pluralidad de las literaturas y culturas peninsulares estudiándose e influyéndose mutuamente. Se trata de una postura valiente y comprometida, postulada por un portugués del siglo XXI, un profesor cosmopolita y culto que hace tiempo entendió que las mejores cartas credenciales que puede presentar un intelectual son las que conectan a personas y a pueblos a través del conocimiento de la cultura del otro.

El presente volumen se acompaña de un prólogo de Antonio Sáez Delgado, catedrático de la Universidad de Évora y director de la Cátedra de Estudios Ibéricos de dicha institución, auténtico centro generador e irradiador de conocimiento científico sobre las relaciones entre las diferentes culturas peninsulares. Antonio Sáez es coautor, junto a Santiago Pérez Isasi, del que puede considerarse en estos momentos el “manual” de referencia sobre los Estudios Ibéricos: *De espaldas abiertas. Relaciones literarias y culturales ibéricas (1870-1930)*.

A modo de apéndice, se transcriben finalmente dos textos iberistas del Premio Nobel José Saramago que invitan al diálogo con el ensayo de Reis. Agradecemos sinceramente a Pilar del Río, presidenta de la Fundación José Saramago, la autorización para reproducirlos en este libro.

La versión del texto que el lector puede apreciar es obra de la profesora del Área de español de la Universidad de Évora, Susana Gil Llinás, traductora brillante, rigurosa y gran conocedora de la obra de Carlos Reis.

Quienes llevamos algunos años viviendo en este país y nos hemos empapado de su lengua, su literatura y su cultura podemos por fin entender las palabras que Unamuno dirigía a Teixeira de Pascoaes en una de sus últimas cartas: “Sin conocer a Portugal no se conoce a España, por el contraste y por el otro”. Para quienes todavía no tienen esa suerte, el ensayo de Carlos Reis les puede ayudar hasta que vengán al otro lado del espejo.



PRÓLOGO

CARLOS REIS Y LA GENEALOGÍA IBERISTA

Antonio Sáez Delgado

Catedrático de la Universidad de Évora

El iberismo parece empeñado en estar siempre, de una forma u otra, de actualidad. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, el proyecto de Iberia, vieja utopía para unos, amenaza constante para otros, se ha empeinado en ser presencia habitual en el universo intelectual de los pueblos peninsulares. Basado en relaciones económicas, políticas o culturales, bien sea bajo formas unionistas, anexionistas o federativas, jugando las cartas de la monarquía o la república, lo cierto es que el iberismo se obstina en ser un fantasma por el que parece no pasar el tiempo. Un fantasma que, además, goza de buena salud, como lo demuestran sus permanentes apariciones públicas en diferentes áreas de nuestra sociedad. Es el caso del ideario de algunos de nuestros políticos (recuérdese la propuesta de creación de una “Iberolux” lanzada por Rui Moreira, alcalde de Oporto, en 2020), de proyectos digitales de creación de una opinión pública ibérica como *El Trapezio* (www.eltapezio.eu), o de libros tan recientes como *Imaginar Iberia*, de César Rina (2020), *Hacia la República Federal Ibérica*, de Ian Gibson (2021), *El nuevo iberismo*, de José Antonio González Alcantud y Pablo González Velasco (2022) o *Iberismo*, de Javier Martínez-Pinna (2023). Todos ellos añaden nuevos materiales y puntos de vista a una conversación tan antigua como, probablemente, interminable, que continúa presente en nuestros imaginarios peninsulares, a poco que apliquemos bien el oído.

Cambian los tiempos, en efecto, pero el sueño de conocer una península atravesada por un deseo común de mutuo conocimiento, que se plasme en una realidad palpable, no parece dispuesto a ceder a la erosión de los años y las nuevas realidades globales. Porque precisamente han sido ellas, las diferentes realidades geopolíticas de cada momento histórico, las que han ido, a lo largo del tiempo, sirviendo de pretexto para que un nutrido conjunto de intelectuales se haya atrevido, desde el tiempo fundacional de los clásicos Oliveira Martins y su *Historia de la civilización ibérica* o Antero de Quental y su *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares*, con tanta intrepidez como melancolía, a desentrañar los misterios y escondrijos del sueño de una nueva dinámica peninsular, basada en el diálogo y no en el recelo o el desconocimiento.

Desde el ámbito de la historia o el de la literatura, que ahora invocamos, han sido muchas las voces que se han sumado, en los contextos portugués, castellano, gallego y catalán al coro de voces que, de una forma u otra, reclamaban con intereses diversos la validez de una Iberia coral, sí, pero en íntima articulación. Y estos movimientos intelectuales han sido objeto de estudio minucioso, también desde la historia y la literatura, por parte de académicos de ambos lados de la frontera ibérica, que han vertido su conocimiento en la interpretación de esta dinámica. En Portugal, a voces cualificadas en el ámbito de la historia, como las de Sérgio Campos Matos, Fernando Catroga o José Miguel Sardica se han unido otras también imprescindibles en el ámbito de la literatura, como António Apolinário Lourenço, Maria Fernanda de Abreu, Pere Ferré o Gabriel Magalhães, que han seguido los pasos del maestro Eduardo Lourenço, exégeta admirable en la interpretación del mosaico ibérico y su relación con Europa.

A esta conversación felizmente inagotable se une ahora Carlos Reis, figura fundamental de la cultura portuguesa de las

últimas décadas, profesor catedrático (ahora jubilado) de la Universidad de Coimbra, que fuera director de la Biblioteca Nacional de Portugal y Rector de la Universidade Aberta. Nombre de enorme reputación en el ámbito de los estudios literarios, la teoría de la literatura o la literatura portuguesa moderna y contemporánea, gran especialista en la obra de Eça de Queirós, la vida plural de Carlos Reis —que probablemente engloba varias vidas— ha estado también marcada por un permanente contacto con España y su cultura, reconocido por la Real Academia Española al nombrarle académico correspondiente por Portugal, en el año 2009. Reis ha demostrado siempre ser, en los diferentes cargos que ha desempeñado y en los muchos proyectos académicos e intelectuales que ha emprendido, un espectador atento y activo de la vida y la tradición cultural española, que conoce como pocos en Portugal. Exactamente por eso, y por el enorme caudal de lecturas que atesora, su acercamiento al tema del iberismo no es gratuito ni oportunista, sino, muy al contrario, la consecuencia lógica y esperable de toda una vida de dedicación a los libros, centrada en Portugal y su cultura, sí, pero siempre vigilante de lo que ocurría al otro lado de la Raya.

En *Del iberismo al transiberismo. Mitos, traumas e imágenes*, Carlos Reis se sitúa en la encrucijada entre la literatura y la historia, para visitar y analizar los textos que cuatro autores canónicos portugueses (dos del siglo XIX, Antero de Quental y Eça de Queirós; dos del XX, Miguel Torga y José Saramago) dedicaron al asunto ibérico, bien desde una perspectiva doctrinal, bien como trasfondo o temática privilegiada de sus poemas o novelas. El resultado es una aproximación profundamente original y rigurosa, que nos presenta un diálogo doble: por un lado, el que realizan los textos doctrinarios o divulgativos dedicados al proyecto ibérico (especialmente por Antero y Saramago) con los textos estrictamente literarios que toman como motivo (pienso en Torga) tópicos de las culturas

peninsulares o que ofrecen al hilo de sus tramas (pienso en Eça) interesantes reflexiones sobre el otro peninsular; por el otro, encontramos también un diálogo escrito en el tiempo, edificado sobre los cimientos de un mismo tema por dos escritores del siglo XIX (Antero y Eça) y dos del XX (Torga y Saramago), que añade una dimensión diacrónica a la construcción del siempre plural discurso iberista.

En el caso de Antero de Quental, Carlos Reis destaca con lucidez la coincidencia de su carisma y liderazgo en el contexto de la Generación del 70 con el periodo más efervescente de la vida pública española, tras la revolución de 1868, que convierte su propuesta federalista en una baliza inexcusable (surgida en tiempos convulsos, con numerosas manifestaciones anti-españolas en Portugal) para quien se adentre en las aguas del iberismo.

Eça de Queirós surge en este contexto, oportuna y sorprendentemente, como un interesante contrapunto a las visiones de Antero, cuya amistad no fue razón suficiente para seguirle en las lides de la cuestión ibérica. En efecto, a pesar de no encontrar, como afirma Reis, las palabras *España* o *iberismo* en la prosa queirosiana, el gran novelista portugués no fue ajeno a esta problemática, pues no ignoró el concepto de patriotismo, la percepción de la decadencia nacional y la visión de España como una amenaza para la independencia portuguesa, temas todos ellos intrínsecamente vinculados a la más pura esencia del iberismo.

El trayecto que nos propone Carlos Reis nos conduce al siglo XX, deteniéndose en Miguel Torga, del que destaca la condición telúrica de su interpretación del mosaico peninsular. La originalidad de esta reflexión radica en la inscripción de los *Poemas ibéricos* torguianos en un linaje iberista enunciado a la sombra de una innegable referencia canónica de la cultura

portuguesa, “y en cierto modo, contra ella”: *Mensaje*, de Fernando Pessoa, en cuyas páginas Carlos Reis vislumbra un timbre paródico rara vez avisado en la crítica pessoana.

Por último, si el título del libro que el lector tiene en sus manos es *Del iberismo al transiberismo. Mitos, traumas e imágenes*, no debe extrañarnos que el recorrido en cuatro estaciones finalice con el propulsor del transiberismo, el Premio Nobel José Saramago. A partir de *La balsa de piedra*, pero también de muchos otros textos de no ficción (entrevistas, conferencias), Saramago esbozó un transiberismo asociado a una “vocación del Sur”, que Reis analiza como un proyecto de futuro —que no una utopía— basado en la figura del viaje alegórico, de ida y vuelta, entre la península ibérica y los pueblos atlánticos que en África y América se expresan en español o portugués.

Carlos Reis nos propone, en suma, un viaje por el iberismo que es un espejo de nosotros mismos y nos conduce hasta nuestros días, un periplo que el lector emprende dejándose llevar por su prosa afilada y por el rico y documentado entramado de voces propuesto. Se trata de una aportación singular, rigurosa y necesaria al estudio y actualización del iberismo, que hace, sin duda, que a partir de hoy su autor forme parte, por mérito propio, de la genealogía de autores fascinados por la vivencia de una tierra, la ibérica, que experimenta como pocas el privilegio de saber combinar la singularidad y la pluralidad.



IBERISMO Y TRANSIBERISMO:
MITOS, TRAUMAS E IMÁGENES

Carlos Reis

Catedrático jubilado de la Universidad de Coimbra

Traducción de Susana Gil Llinás

Profesora de Lengua Española en la Universidad de Évora

En mayo de 2022, un miembro del gobierno portugués disertaba en la Asamblea de la República de Portugal sobre cuestiones relativas al nuevo aeropuerto de Lisboa (nuevo o viejo, para la memoria de quien escribe estas páginas); manifestándose de acuerdo con quien lo interpelaba, aquel gobernante (un ministro) manifestó algunas “inquietudes” sobre el asunto. El caso era —y probablemente todavía lo sea— que un concurso internacional destinado a hacer la Evaluación Ambiental Estratégica exigida por la ubicación del futuro aeropuerto había sido ganado por un consorcio formado por dos empresas, una portuguesa y otra española. Pues bien, como respuesta a una pregunta formulada por un diputado, que aludía a vínculos accionistas de la empresa española a AENA (Aeropuertos Españoles y Navegación Aérea) y a un posible conflicto de intereses, el ministro reconocía, un tanto preocupado: “Las dudas que tiene usted también las tengo yo. Estamos estudiando qué hacer”.¹

No sé si las dudas del ministro fueron aclaradas a tiempo (es decir, antes de su dimisión), pero imagino que no habrán sido suficientes para revertir un concurso internacional, en principio ajeno a dos temores: el del invocado conflicto de intereses y, antes, el que proviene de una especie de amenaza que todavía parece sobrevolar por encima de algunos portugueses cuando España se acerca a Portugal. Incluso cuando, añadido,

1. En <https://eco.sapo.pt/2022/05/09/pedro-nuno-santos-tem-duvidas-e-inquietacoes-sobre-empresa-do-estado-espanhol-na-avaliacao-do-novo-aeroporto/>

ese acercamiento tiene la forma de una sociedad luso-española. Estas consideraciones iniciales pueden parecer fuera de lugar si pensamos que fueron motivadas por un congreso que se ocupaba de la enseñanza del español en Portugal.² Pero no es así.

En efecto, aun siendo verdad que, desde los años noventa del siglo pasado, la implantación de la lengua española en el sistema educativo portugués ha sido apreciable, no es menos verdad que esa implantación no ha conseguido todavía borrar por completo mitos y traumas antiguos. Pero también es cierto, y es justo decirlo, que contra las resistencias que persisten, algunas cosas han cambiado y han dado un nuevo rostro a la cuestión central que aquí me ocupa y que todavía no he explicitado: el iberismo y, ya de paso, el llamado transiberismo, ambos inevitablemente articulados con la imagen de España en Portugal y con su interpretación por los portugueses, la una y la otra en constante movimiento, de acuerdo con diferentes contextos, también movedizos.

Como es sabido, el iberismo, como concepto y como problema, es materia antigua, atravesada por contradicciones y querellas, sujeta a la oscilación de los juicios y escenarios histórico-políticos y no en pocas ocasiones motivo de actitudes extremistas. En cierto modo, podemos situarla bajo un vasto arco de ponderaciones y afirmaciones que van de la amenaza de la invasión española (una “enormidad”, como explicaré más adelante) a aquello que es designado como digresión

2. Me refiero al VIII Congreso Internacional de la Enseñanza del Español en Portugal, con el tema general “Escenarios actuales en la enseñanza, el aprendizaje y la certificación del español”. El congreso tuvo lugar los días 29 y 30 de junio y 1 de julio de 2022, con organización conjunta del Instituto de Estudios Españoles de la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra y de la Consejería de Educación de la Embajada de España en Portugal.

transiberista. El espacio ibérico acoge, así, prejuicios y realidades muy diferentes; confirmando esa diversidad, no es indiferente que se use el término Iberia (de origen griego, alude originalmente a lo que puede haber sido una isla), el vocablo Hispania, de origen latino y con menor acogida en Portugal, o la expresión Península, en cierto modo la más neutra de todas.³

Además, la problemática del iberismo cuenta con una vasta bibliografía crítica que no es ajena, evidentemente, a la oscilación de juicios y contextos. Me refiero ahora solo a nombres e intervenciones de ámbito académico y traigo aquí las contribuciones de Eduardo Lourenço, César Antonio Molina, Ángel Marcos de Dios, Fernando Catroga, Sérgio Campos Matos, Gabriel Magalhães, António Apolinário Lourenço o, más recientemente, Antonio Sáez Delgado y Santiago Pérez Isasi, y César Rina Simón. No me parece necesario subrayar que algunas de estas contribuciones (o todas ellas) giran alrededor de nombres de referencia doctrinaria, en lo que se refiere al análisis del iberismo, como Juan Valera, Antero de Quental, Oliveira Martins, Teófilo Braga, Joan Maragall y, ya en el siglo XX, Miguel de Unamuno, Fernando Pessoa, Teixeira de Pascoas, Miguel Torga o José Saramago.

Antes de los cuatro casos de estudio de los que voy a ocuparme, debo recalcar la importancia del libro de Antonio Sáez Delgado y Santiago Pérez Isasi, *De espaldas abiertas. Relaciones*

3. Sérgio Campos Matos observa: “Usado por los antiguos griegos, el nombre *Iberia* fue relativamente olvidado a favor de otro, adoptado por los romanos: *Hispania*. Hasta muy tarde, *España* se aplicó a toda la península, tal y como *españoles* de usó para referirse a todos los pueblos peninsulares, incluidos los portugueses” (Matos, 2017: 14). Un breve comentario fundado en mi origen insular: en Azores se llama al espacio geográfico de Portugal continental “el continente” (se dice “ir a vivir al continente”). Por lo que sé, la mirada insular española, por ejemplo en Canarias, se refiere a la España continental (y habla de ella) como “la península”.

literarias y culturales ibéricas (1870-1930) (2018), cuyo significado y alcance merecen una amplia mención.

Partiendo de la necesidad de encarar las relaciones inter y transculturales en el espacio ibérico bajo una perspectiva de interacción y no de aislamiento, Sáez Delgado y Pérez Isasi formulan una propuesta metodológica innovadora: se trata de una aproximación en régimen comparatista y en el marco de los llamados Estudios Ibéricos. Más específicamente: si “la reconstrucción de la evolución histórica [de las] relaciones sistémicas entre las literaturas y culturas de la Península” (Sáez Delgado y Pérez Isasi, 2018: 8) es un objetivo primordial de ese campo de estudio, entonces el trayecto elegido cobra sentido:

Corresponde, consciente o inconscientemente, a una reconsideración de las relaciones lingüísticas y culturales en el espacio ibérico que, en un plano general, rechaza la compartimentación nacional(ista) de los saberes humanísticos; y en un plano más concreto, cuestiona y socava el protagonismo casi exclusivo adquirido por la literatura española en los estudios literarios peninsulares (...). (Sáez Delgado e Pérez Isasi, 2018: 4).

De una forma sintética, puede decirse que *De espaldas abiertas* se asienta en tres pilares: primero, en la efectiva y documentada tradición de relaciones interculturales en el espacio ibérico, que contrarían la imagen (seguramente no inocente, desde el punto de vista político) de darse la espalda; segundo, en el reconocimiento de la también innegable tendencia, en

varios momentos de la historia de las naciones ibéricas, a contraponer resistencias empedernidas a la profundización de esas relaciones; tercero, en el establecimiento en un marco cronológico que acoge de modo firme las manifestaciones más significativas, en los tiempos modernos, de las relaciones literarias y culturales ibéricas.

Ese marco cronológico se extiende desde 1870, cuando emerge una de las más brillantes y fecundas generaciones culturales portuguesas, hasta 1930, inicio de la década en que germinan y se consolidan, a ambos lados de la frontera, regímenes políticos de intolerable y violento totalitarismo. Consabidamente, salazarismo y franquismo vivieron, casi siempre y no por casualidad, distanciados y con desconfianza mutua.

La complejidad de la temática iberista justifica que podamos distinguir tres tipos de iberismo: el meramente económico, el de tipo político y el que se asume como cultural. Es este último el que me interesa, siguiendo a Sáez Delgado y Pérez Isasi, que toman “como punto de partida la estrecha vinculación histórica entre ambos países, pero sin defender ningún tipo de unificación política” (Sáez Delgado y Pérez Isasi, 2018: 18-19). Dentro de este iberismo, del lado portugués, no encontramos un posicionamiento unívoco. A diferencia del federalismo de Antero de Quental, seguido por Oliveira Martins, la visión de Eça de Queirós es reticente y, a veces, sarcástica, mientras que la de Teófilo Braga, marcado ya por el pensamiento republicano, rechaza la unificación de las coronas, pero no la federación ibérica.

Me he extendido en el comentario del libro de Sáez Delgado y Pérez Isasi porque es decisivo no solo para los Estudios Ibéricos en general, sino, en particular, para el rumbo que pretendo seguir aquí, en dos aspectos: primero, en la afirmación de

la pluralidad multívoca que caracteriza el debate sobre el iberismo, por parte de sus doctrinadores y críticos; segundo, porque la enseñanza de la lengua española en Portugal (que, como he dicho, está en el origen de este texto) no puede encararse como una cuestión meramente técnica ni, menos aún, debe ser apartada de la problemática del iberismo, del imaginario portugués sobre España, de los mitos y los traumas que arrastran, entendidos como “costes contextuales”.⁴

A partir de aquí, y lejos de pretender ser exhaustivo, voy a detenerme en cuatro casos, por así decirlo, ejemplares, para ilustrar la referida pluralidad de voces y sus variaciones. Hablaré, así, de Antero de Quental, ideólogo de una democracia ibérica por venir; de Eça de Queirós y la reducción satírica del iberismo; de Miguel Torga y la postulación mítico-romántica de Iberia; de José Saramago y el transiberismo asociado al motivo del viaje. Son, repito, voces, tiempos y motivaciones propias que entiendo tan solo como casos puntuales y circunstanciales y no como posiciones definitivas, capaces de agotar el análisis del iberismo como filosofía política y legado histórico y cultural.

La personalidad y el pensamiento de Antero de Quental son, por lo general, reconocidos como balizas fundamentales que enmarcan la discusión sobre el iberismo en Portugal. Dos aportaciones fundamentales para esa discusión: el ensayo *Portugal ante la Revolución de España* (1868) y la conferencia *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares* (1871).

4. La expresión proviene del lenguaje de la economía y se refiere a aquellos factores (acciones, mentalidades, limitaciones institucionales, obstáculos que dificultan el funcionamiento de las sociedades, etc.) que condicionan negativamente una determinada actividad, por encima de la responsabilidad de quien la emprende.

Para entender la posición central que ocupa Antero de Quental en este contexto, hay que destacar dos cosas. Primero: el carisma y el liderazgo, aunque este último ejercido por breve tiempo, de Antero en el contexto de la llamada Generación de 70, provocaron una considerable presencia de sus preocupaciones permanentes, justamente el iberismo y la relación de Portugal con España; segundo: el tiempo más enérgico e interventivo de la actividad política de Antero coincidió con un periodo de gran efervescencia de la vida pública española. Y, así, el poeta de las *Odas modernas* y paladín del socialismo en Portugal estuvo muy atento a lo sucedido en España durante el llamado Sexenio democrático, como consecuencia de la Revolución de 1868, La Gloriosa. La destitución y el exilio de Isabel II, la instalación de las Cortes Constituyentes, el asesinato de Juan Prim, el inicio de la tercera Guerra Carlista, la implantación de la Primera República y el inicio de la Restauración que entronizó a Alfonso XII son algunos de los episodios de un tiempo frenético que tuvo en Antero a un espectador muy atento.

Sobreviene en ese tiempo un cierto impulso federalista no solo español, sino también ibérico y hasta europeo, señalando la utopía de los Estados Unidos de Europa, potenciada por la experiencia norteamericana. Y así, “la idea de la unidad peninsular recibirá del federalismo un nuevo planteamiento y una nueva consistencia doctrinal” (Ubieto *et alii*, 1972: 684). Sin embargo, esa idea de unidad fue cuestionada,⁵ porque

5. Eça de Queirós, siempre tentado por la caricatura que deconstruía mitos y utopías, satirizó el ideal unitario en un episodio un tanto grotesco de *El crimen del padre Amaro*. En un almuerzo bien regado, dos amigos debaten cuestiones complejas con una ligereza explicada por el alcohol; uno de ellos concluye: “— ¡Esto sí, que me gusta!— decía el tipógrafo, cuyo enternecimiento aumentaba con el aguardiente —¡Armonía! ¡Mi flaco es la armonía! Armonía entre la juventud y entre la Humanidad... Quisiera yo ver una gran mesa, y toda la Humanidad sentada en un banquete, y venga ardor íntimo y broma, ¡y allí se resolverían las cuestiones sociales!” (Queirós, 1964: 272)

“el manifiesto iberismo desplegado por demócratas y republicanos durante el Sexenio hará que moderados y conservadores se sientan cada vez más inclinados a identificar el iberismo con la ideología revolucionaria”; y así, “a partir de 1874 [la idea iberista] quedará recluida en núcleos muy minoritarios, acentuándose cada día el mutuo desconocimiento entre los dos grandes pueblos peninsulares” (Ubieto *et alii*, 1972: 684).

Contra ese mutuo desconocimiento actúa Antero de Quental, en clave revolucionaria, federalista y antinacionalista. El ya mencionado folleto *Portugal ante la Revolución de España* pretende, obviamente, aprovechar los acontecimientos políticos vividos en el país vecino como argumento para la denuncia de la enajenación portuguesa en relación con lo sucedido más allá de la frontera. Se confirmaba, de esa forma, la militancia anterioriana contra el aislamiento cultural portugués, cosa que se había hecho evidente poco antes, con motivo de la llamada Cuestión de Coimbra.⁶

Para Antero, entender la revolución —un concepto al que el idealismo que lo caracterizaba otorgaba perfiles abstractos— era anticipar el futuro. Y ese habría de ser federalista y republicano, constituyendo la apología de la revolución un gesto orientado hacia la plena conquista de la democracia. Todo en conjunto, el aislacionismo que Antero combatía era el gran obstáculo para una efectiva convivencia peninsular, un designio que, como mínimo, estaba implícito en la extensa pregunta retórica que se encuentra en este pasaje:

6. En 1865, Antero publica *Bom Senso e Bom Gosto. Carta ao Excelentíssimo senhor António Feliciano de Castilho*, manifiesto en el que, entre otras cosas, defiende “la necesidad de una actualización cultural que pasa por la renuncia al *nacionalismo* y por la atención que merecen los grandes centros de innovación filosófica y científica de Europa” (Reis y Pires, 1999: 319). Palabras de Antero: “Quien piensa y sabe hoy en Europa, no es Portugal, no es Lisboa, creo yo: es París, es Londres, es Berlín” (apud Reis y Pires, 1999: 331).

Pero Portugal, miembro amputado innecesariamente, aunque también sin violencia, del gran cuerpo de la Península Ibérica, viviendo desde entonces una vida particular, tal vez estrecha pero suya y original, y tan apartado del movimiento de los demás pueblos peninsulares como si la frontera que los separa fuese un océano insondable, ¿qué tiene que ver Portugal con la revolución que acaba de traer a la superficie de la sociedad española, como en tumultuosa fermentación, los mayores problemas de la política moderna, y con las resoluciones que la filosofía y la necesidad, los principios y los acontecimientos imponen a los jefes en cuyas manos van a caer las riendas agitadas de esa revolución? (Quental, 1982: 228)

La interrogación, insisto, es retórica y conduce a la conjugación de dos conceptos de armonización problemática: el patriotismo y el antinacionalismo. Pero era exactamente eso lo que Antero pensaba y decía, cuando, al final de *Portugal ante la Revolución de España*, enunciaba una “verdad de simple sentido común: que, en nuestras actuales circunstancias, el único acto posible y lógico de verdadero patriotismo consiste en *renegar de la nacionalidad*” (Quental, 1982: 241).

Las “actuales circunstancias” en que aislamiento y decadencia nacional eran dominantes deberían, según Antero, hacer de *La Gloriosa* el catalizador de un proceso de desalienación y de concienciación portuguesas, en cuyo horizonte emergía el iberismo; y también el futuro, regulado por la perspectiva de una democracia ibérica que, en sus poco más de tres decenas

de páginas, anhelaba el folleto anterior. Era eso mismo lo que anunciaba el subtítulo *Consideraciones sobre el futuro de la política portuguesa en el punto de vista de la democracia ibérica*.

La conferencia *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares* es ampliamente conocida. Por eso, no me ocuparé ahora con extensión de la que fue una pieza central de las llamadas *Conferencias del Casino*, a no ser para recordar lo siguiente: observando el pasado histórico común a los llamados “pueblos peninsulares” (curiosamente, el vocablo “ibérico” no se encuentra en el texto),⁷ Antero analiza, con una perspectiva más histórica que política, las tres causas de la decadencia: una desastrosa política expansionista, la intolerancia del catolicismo de matriz tridentina y el centralismo de inspiración absolutista. La superación de la decadencia exigía la adhesión conjunta (peninsular, entiéndase) a lo que Antero llamaba “el nuevo mundo industrial del socialismo, al que pertenece el futuro”; para concluir: “Nos regeneraremos abrazando francamente ese espíritu [moderno]. Su nombre es *Revolución*” (*apud* Reis, 1991a: 127).

Hay que tener en cuenta, antes de llegar a Eça de Queirós, que las propuestas iberistas y federalistas defendidas por Antero de Quental y por otros (Oliveira Martins, por ejemplo) circulaban en un ambiente socio-ideológico marcado por alguna conflictividad, seguramente acentuada cuando se analizaba la relación de Portugal con España. En otras palabras: en los años 60 no se habían terminado (lejos de eso) las reacciones

7. Comentando esta conferencia, Sáez Delgado y Pérez Isasi señalan que, en comparación con *Portugal ante la Revolución de España*, “en este caso Antero no ofrece soluciones, ni tampoco aboga explícitamente por el iberismo; en cambio, un cierto iberismo racial o civilizacional es la base implícita de toda la disertación” (Sáez Delgado y Pérez Isasi, 2018: 24-25). Los dos autores se ocupan también de la convergencia del pensamiento iberista de Oliveira Martins con el de Antero de Quental.

antiespañolas; esas reacciones encontraron expresión vigorosa en la creación, en 1861, de la Comisión Central del 1 de diciembre de 1640 (actualmente Sociedad Histórica de la Independencia de Portugal)⁸ o, un poco más tarde y por iniciativa de esa Comisión, en la construcción del obelisco de Restauradores, inaugurado en 1886.⁹

Sobre los propósitos de la Comisión, Sérgio Campos Matos es bien explícito: “Para la comprensión del progresivo vaciamiento de los núcleos iberistas (unitaristas y federalistas)”, declara, “no hay que olvidar el estudio de la tan alabada y escarnecida Comisión del 1 de diciembre”; y añade: “Al dominar el espacio público, estas campañas excluyeron las sugerencias iberistas del espectro político nacional” (Matos, 2017: 111). A su vez, Fernando Catroga presta atención a la implicación histórica y política de los años 60 del siglo XIX, y apunta: “El impacto de la revolución española de 1868 y los ecos de las ideas socialistas y republicanas estuvieron en la base de un nuevo brote polémico a finales de la década de 60 y principios de los años 70” (Catroga, 1993: 564). En este “brote polémico” están incluidas violentas reacciones clericales en sermones, tal y como documenta César Rina Simón: “Desde los sermones de las iglesias se alentó el rechazo al iberismo como una

8. En la página de la Sociedad Histórica de la Independencia de Portugal se dice que nació “como reacción al sentimiento iberista difundido en amplios sectores de la sociedad portuguesa” (ver <https://www.ship.pt/sociedade-historica/historia-ship/>). Una de las cinco misiones de esta asociación patriótica es “celebrar o colaborar en la celebración de las grandes fechas y efemérides de Portugal, con lugar destacado, anualmente, para la conmemoración del día 1 de diciembre de 1640, fecha de la Restauración de la plena soberanía del Estado Portugués (...)” (<https://www.ship.pt/sociedade-historica/missao-estatutos/>).

9. Eça de Queirós aprovechó muy bien, al final de *Los Maia*, la novedad arquitectónica y urbanística del escenario de Restauradores, cuando Carlos da Maia regresa a Portugal, en 1887: “En un amplio espacio abierto, donde Carlos dejara el pacífico y frondoso Paseo Público, un obelisco, con pomposas leyendas de bronce en el pedestal, erguía su trazo claro de color azúcar en la fina reverberación de la luz de invierno” (Queirós, 2000b: 812-813). Sobre el monumento a los Restauradores, cf. Rina Simón, 2020: 108-110.

conspiración de la izquierda antipatriótica revolucionaria. Junto a los iberistas estarían ‘los carbonarios, los masones y todas las sociedades secretas de Portugal (...) con las logias masónicas del mundo entero encabezadas por Mazzini’” (Rina Simón, 2020: 113; la cita es de un sermón de Miguel Ferreira d’Almeida, *Discurso patriótico contra a Iberia pregado na Igreja de Santa Maria Maior da Covilhã no dia primeiro de Dezembro de 1868, aniversario glorioso da Restauração de Portugal*).

Parte de ese brote fue la intervención anterioriana sobre la revolución española de 1868, que ya he comentado, lo que provocó fracturas que dividieron el campo ideológico de la generación del 70. Evidentemente, la cuestión ibérica no fue ajena a estas fracturas. De ahí que, según Catroga, “Teófilo [Braga], en su *História das ideias republicanas em Portugal* (1880) [Historia de las ideas republicanas en Portugal], haya anatemizado los excesos del internacionalismo del joven Antero, en nombre de un nacionalismo que creía compatible con el ideal federativo” (Catroga, 1993: 564).

La entrada de Eça de Queirós en la escena del iberismo es sesgada y está condicionada por las circunstancias de una trayectoria personal, literaria y profesional que lo distanció progresivamente de Antero, sin afectar por ello a su amistad, solo concluida con la muerte. Por otra parte, la admiración (quizá menos intensa de lo que pudiera pensarse) que el autor de *Los Maia* sentía por el poeta de las *Odas Modernas* no abarcaba todos los aspectos del pensamiento y la actividad político-filosófica anterioriana. Es decir: Eça no siguió a Antero en la cuestión ibérica ni se implicó directamente en ella; pero, en todo caso, no dejó de problematizar, desde muy pronto, temas afines y en general asociados a la relación de Portugal con España, haciéndolo a menudo a través de la ficción (cf. Matos, 2017: 151-158; también Vázquez Cuesta, 1988: 69-101).

Parte de lo dicho puede confirmarse en el admirable testimonio de evocación generacional compuesto por Eça para el *In Memoriam* de Antero, al que dio el sugerente título de “Un genio que era un santo”. Más allá del significado de ese testimonio, temporalmente distante de la trágica muerte de su amigo (Antero se suicidó en 1891; Eça tardó unos cinco años en entregar su texto para el volumen publicado en 1896), una cosa es segura: las palabras *España e iberismo* están ausentes de esta prosa queirosiana, a la que no le falta cierta dosis de ficcionalidad (me ocupé de ello en Reis, 1991). Para lo que aquí importa, hago solo esta fugaz alusión: “Simultáneamente [Antero] propagaba la Unión Ibérica, fundaba Sociedades Obreras, instalaba la Asociación Internacional, publicaba panfletos, conspiraba, hacía apostolado...” (Queirós, 2011: 307).

Cuando afirmo que la participación de Eça en el debate sobre el iberismo y España fue sesgada, me refiero a lo siguiente: siendo autor de una extensa y muy significativa producción doctrinal y metaliteraria,¹⁰ Eça no dedicó ningún texto específicamente a los temas que aquí se tratan. Por lo tanto, ¿por qué aparece el gran novelista en esta reflexión? Porque no ignoró (ni podía hacerlo, atento como siempre estuvo a la vida cultural, política y social portuguesa) subtemas de la más amplia temática del iberismo y de la presencia de España en el imaginario y el pensamiento geopolítico portugueses. Por ejemplo, el concepto de patriotismo, la percepción de la decadencia nacional y la visión de España como una amenaza para la independencia portuguesa. Todo esto y más fue objeto, por parte de Eça, de una reducción satírica a veces devastadora,

10. Una selección de textos queirosianos de doctrina literaria se encuentra en Berrini (ed.), 2000.

algo que la bibliografía crítica (incluso en los casos aquí no siempre ha comprendido, al no prestar atención a las mediaciones que dominan el discurso literario queiroso.

En general, el Eça que conocemos como una personalidad culta, cosmopolita y viajada no podía contaminarse con el patriotismo primitivo y antiespañol que inspiró la mencionada Comisión Central del 1 de diciembre. En ella, junto a figuras de conformación ideológica y cultural muy distantes del “extranjero” Eça, encontramos el nombre de Manuel Pinheiro Chagas como uno de los suscriptores de un “Manifiesto al Pueblo Portugués” promovido por la asociación. Habiendo sido novelista, dramaturgo, poeta, periodista, político, historiador y crítico literario de notable proyección en su época, Chagas es hoy una figura prácticamente olvidada; lo poco que queda de él incluye su intervención en la Cuestión de Coimbra, como partidario y discípulo de António Feliciano de Castilho y contra Antero de Quental, así como sus enfrentamientos con Eça, en polémicas en las que tuvo que lidiar con gallardía ante la ironía de su adversario.

Precisamente una de esas polémicas trata del patriotismo, de sus manifestaciones y de las deformaciones que padece, que acaban a veces desembocando en catástrofes bélicas y mutilaciones de la independencia de las naciones.¹¹ De forma sintética, y con vistas a lo que ahora nos importa, subrayo que Eça impugna una concepción reverencial y estática del patriotismo como contemplación acrítica del pasado histórico

11. La polémica entre Chagas y Eça se desencadenó a raíz de los comentarios de este último sobre el pasado colonial portugués. Los dos textos escritos por Eça en respuesta a las acusaciones de falta de patriotismo de su adversario adoptan la forma de cartas públicas: “Brasil y Portugal (Carta a Pinheiro Chagas)” y una segunda carta sin título, poco relevante para el caso, ambas publicadas en el periódico *O Atlântico*, el 29 de diciembre de 1880 y el 6 de febrero de 1881 (cf. Queiroz, s.d., 53-90).

portugués, el mismo que tenía con el de España las afinidades señaladas por Antero en su conferencia de 1871 sobre *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares*. El patriotismo de Chagas, dice Eça, “en vez de ser de utilidad pública, era sólo de curiosidad arqueológica” (Queiroz, s.d.: 64). Alternativamente, los verdaderos patriotas dejan “atrás las glorias que ganamos en las Molucas, ocupánse de la patria contemporánea”; estos patriotas “admiran, sin duda, a Alfonso Henríquez, pero no quedan para siempre petrificados en esa admiración” (Queiroz, s.d.: 64-65).

Este patriotismo contrasta con el que, según Eça, practicaba Pinheiro Chagas. Para refutarlo, utiliza una caricatura muy expresiva que, de forma incidental, termina con una imagen de implicación española:

El otro patriotismo es diferente; para quien lo siente, la patria no es la multitud que en torno suyo palpita en la lucha de la vida moderna, sino la otra patria, la que hace trescientos años embarcó para las Indias, al repique de las campanas, entre las bendiciones de los frailes, para arrasarse aldeas de moros y traficar en pimienta. Para ese, su manera de amar la patria es tomar una lira y dedicarle lánguidas serenatas. Ese sube a la tribuna del Parlamento o al artículo de fondo, y desde allí exclama, con los ojos en blanco y los labios espumeantes de lujuria: *¡Oh, patria! ¡Oh, hija! ¡Ay, querida! ¡Ay, pequeña, que linda eres!*, exactamente como había dicho la víspera en un reservado, a una andaluza barata. (Queiroz, s.d.: 65-66)

La imagen de la mujer española (y andaluza) no es, por supuesto, ni inocente ni única en el universo queiroso, como veremos a continuación. Lo que importa ahora, sin embargo, es hacer derivar el problema del falso patriotismo a los riesgos a los que puede estar asociado. El vicio del chovinismo a la francesa conduce a la “patriotería”, dice Eça, utilizando un término evidentemente despectivo:

Es el vicio fatal que lleva a las catástrofes. Es el que, no dejando hacer nada, bajo el pretexto de que se hizo todo, inmovilizando a la nación en un pasmo ficticio ante el pasado, le impide trabajar para lo futuro. Es el que a Austria da un Sadowa y a Francia, un Sedan. Es el que grita en el *boulevard*: —¡A Berlín! ¡A Berlín!... — cuando, moralmente, en el *boulevard* ya marchan los prusianos. (...) ¡Y luego los patriotas tienen que recomponer las ruinas que hacen los patrioterros!... (Queiroz, s.d.: 66-67)

Pensando ya en lo que viene después, retengo el término *catástrofe*, directamente vinculado a desastres como los mencionados en el texto de Eça: las derrotas de Austria en la batalla de Sadowa (en 1866) y de Francia en Sedán (en 1870), con ambos países humillados por el ejército prusiano. Y paso a la novela *Los Maia*, donde todo esto adquiere un significado propio, en un marco de ficción que, en un episodio concreto, se ocupa directamente de España, del patriotismo y de la “enormidad” de una supuesta invasión española.

Antes de llegar a ese episodio, llamo la atención sobre lo siguiente: en la época de esta polémica (que no fue la única)

con Pinheiro Chagas, Eça de Queirós estaba escribiendo *Los Maia*, cuya publicación en dos volúmenes tuvo lugar en 1888. Se trata, como generalmente se reconoce, de la novela más significativa, compleja y admirada de toda la producción novelesca portuguesa; es, además, la mejor razón para considerar a su autor una de las figuras que, con Camões y Fernando Pessoa, forman la tríada central del canon literario portugués.

Obra muy extensa y de construcción lenta, *Los Maia* ocupó cerca de diez laboriosos años de la vida literaria del autor. De acuerdo con la filosofía literaria que inspira estos *Episodios de la vida romántica* (como reza el subtítulo), podemos leer en esta magistral novela un amplio y nunca igualado retrato de la vida pública portuguesa. El prolijo fresco social que Eça dibuja en ella solo puede compararse, en obras congéneres y, en algunos casos, coetáneas, con algunos de los títulos de la *Comédie Humaine* de Balzac, con *Grandes esperanzas* y *Madame Bovary*, con *Ana Karenina* y *Retrato de una dama*, con *La Regenta* y *Germinal*. Las costumbres de las clases dominantes, sus rutinas y vicios, sus ambiciones y logros aparecen en las acciones y discursos de los personajes compuestos por Eça, circulando por una Lisboa provinciana que, *mutatis mutandis*, no difiere mucho de la que conocemos hoy. Así, España y la relación con el país vecino no podían dejar de aparecer en *Los Maia*.

El episodio en el que aflora es una cena social que sucede pocos meses después de que Carlos da Maia se instale en Lisboa, en el otoño de 1875. En esa cena, el salón del Hotel Central, entonces el más lujoso de Lisboa, acoge a un grupo de amigos que, entre vinos franceses y platos afrancesados, charlan frívolamente sobre la vida pública portuguesa, pero también sobre mujeres y literatura. Era el tiempo histórico en que la conciencia de la decadencia económica y financiera de Portugal explicaba la necesidad de reformas, formulada, sin embargo,

como mera retórica intrascendente. En un momento dado, España aparece en la conversación, el tema de la invasión y la catástrofe que significaría; cedo la palabra a João da Ega, figura iconoclasta y provocadora que discrepa de las reformas propuestas por uno de los comensales:

Ega, sin embargo, incorregible aquel día, soltó otra enormidad:

— Portugal no necesita reformas, mi querido Cohen, lo que Portugal necesita es la invasión española. (Queirós, 2000b: 208)

Conviene aclarar que ese “querido Cohen”, banquero y judío, era el marido de la amante de Ega, homenajeado por él en el evento relatado. Lo que no impide que el mismo Ega siga defendiendo la tesis que había proclamado exuberantemente:

(...) Ega hablaba en serio, henchido de razones. Evidentemente, decía, invasión no significaba una pérdida absoluta de la independencia. Un recelo tan estúpido era propio de una sociedad tan estúpida como la del Primero de Diciembre. Nunca se había visto que a un país de seis millones de habitantes lo engullera, de golpe, otro que no pasaba de los quince millones. Además, nadie permitiría que España, nación militar y marítima, se hiciese con aquella bonita línea de costa. (...) No había el menor peligro. Si en caso de guerra europea sufriéramos una invasión, la cosa no iría más allá de recibir una buena soba, pagar una elevada indemnización, perder una o dos provincias, acaso Galicia se extendiese hasta el Duero... (Queirós, 2000b: 208-209).

La cita es larga, pero necesaria para subrayar lo siguiente: el discurso del personaje comienza a suavizarse, ante el choque que, sobre todo en algunos, provoca aquella “enormidad”: “Alencar, patriota chapado a la antigua, se indignó”, lo que se entiende bien, dado el perfil mental del personaje;¹² y Cohen, el amigo banquero, «vio en ello “una paradoja más de nuestro Ega”» (Queirós, 2000b: 208). Aun así, no se cuestiona la independencia nacional ni se sugiere siquiera la unión ibérica. Finalmente, un criado interrumpe la argumentación de João da Ega y anuncia, como siguiente plato, “*poulet aux champignons*”.

Como parece claro, se trata de una reducción irónica de un tema demasiado serio para ser debatido en ese contexto de convivencia y culinaria afrancesada, poco coherente con una preocupación efectiva por la decadencia que motiva la “enormidad” pronunciada por João da Ega. Por el personaje, insisto, y no por el narrador, lo que constituye otro procedimiento de relativización y atenuación de la “paradoja”. Y se sugiere otra atenuación: el miedo a la pérdida de la independencia en favor de España “era propio de una sociedad tan estúpida como la del *Primero de Diciembre*”, antecesora de la Sociedad Histórica de la Independencia Portuguesa, que mencioné antes.

En cualquier caso, reitero lo ya dicho: no se puede leer aquí un debate serio sobre la cuestión española (por así decirlo) y menos aún sobre el iberismo, término que no aparece en las páginas de *Los Maia*, aunque esto no impide que se acentúe el tono satírico que recorre las páginas de la novela:

12. Conviene aclarar que, “a todos los efectos, Tomás de Alencar encarna al poeta romántico, definiéndose así como un personaje con un fuerte componente temático y de representatividad cultural, en un contexto crítico en el que el romanticismo se denuncia como una experiencia cultural y social muy intensa en la sociedad portuguesa”. (Reis, s.d.)

Se discutía la invasión animadamente. ¡Opondrían resistencia! Cohen se encargaría del dinero. Las armas, la artillería, se comprarían en América. Craft ofreció al instante su colección de espadas del siglo XVI. ¿Que hacían falta generales? Pues se alquilaban. Mac-Mahon, por ejemplo, debía de estar a buen precio... (Queirós, 2000b: 209)

Quien se aparta de la ligereza que domina la discusión (ligereza en la que se puede leer un sentido crítico implícito) es el poeta Alencar, y no por casualidad. Cristaliza en él una actitud mental nacionalista y romántica que le lleva a rechazar la misión que se le propone, cuando se produzca la invasión: ir “por las provincias (...) despertando el celo patriótico con odas y cantos” (Queirós, 2000b: 209). El poeta se niega, con “un arranque de león que se sacude la melena”:

— Este pobre cuerpo mío, joven, ¡no está solo para odas! Aún soy capaz de empuñar una espingarda, y como la puntería no la tengo mala, lo mismo me cobraba un par de gallegos. (Queirós, 2000b: 210)

La expresión “un par de gallegos” da que pensar. Mediante una restricción metonímica, Alencar identifica a los enemigos a abatir no como españoles, sino como gallegos, y es plausible que la restricción indique cierta animadversión hacia una antigua comunidad inmigrante, realmente importante en la Lisboa de la época, pero socialmente algo descalificada.¹³

13. Tradicionalmente, los emigrantes gallegos se dedicaban a trabajos pesados (como porteadores, por ejemplo), pero también al servicio como criados y a la industria de la restauración. En su afán por acercarse socialmente a Carlos da Maia, Dâmaso Salcedo, una de las caricaturas más expresivas de la ficción queirosiana, tiene como criado a “un gallego tristón y tosco, que desde que Dâmaso se codeaba con los Maia vivía constreñido en un frac y unos zapatos de charol” (Queirós, 2000b: 248).

Poco después, el mismo Alencar utiliza la sinécdoque para reformular la expresión y exclama: “—¡Españoladas, gallegadas!” (Queirós, 2000b: 212), atribuyendo así, una vez más, una evidencia (negativa, por supuesto) a la misma comunidad. Justo después, el banquero reafirma la probabilidad de la invasión, cerrando así el episodio:

—En el hotel de París —prosiguió Cohen— en Madrid, conocí a un magistrado que me dijo con ciertas ínfulas que no perdía la esperanza de establecerse en Lisboa; le había gustado mucho Lisboa, había estado aquí tomando baños de mar. ¡Y tengo para mí que no son pocos los españoles que aguardan ese aumento de territorio para emplearse! (Queirós, 2000b: 211)

En cuanto a la cuestión de la invasión española en *Los Maia*, no iré mucho más allá de lo que he escrito, porque me parece evidente lo siguiente: en términos estilísticos y de estrategia crítica, estamos aquí lejos de la reflexión doctrinal que habían llevado a cabo Antero de Quental y Oliveira Martins a finales de los años sesenta y en los setenta (*la Historia de la Civilización Ibérica*, de Martins, es de 1879), antes de la publicación de *Los Maia*. En otras palabras, más que esa reflexión, Eça intentaba representar, en un registro casi caricaturesco, la superficialidad y la vacuidad de ideas de que hacía gala la élite social y cultural de Lisboa a mediados de los años setenta del siglo XIX (y no solo entonces, añado yo).

Y, sin embargo, en la época de esa cena, que tuvo lugar, en la cronología interna de la acción, en 1876, no faltaban asuntos pertinentes en la vida política, cultural y social española para quien estuviera interesado en debatirlos, algo que no ocurre en esa reunión y con los personajes que allí se encuentran.

En cambio, se discute ardientemente sobre Zola, la poesía romántica y las innovaciones poéticas de Baudelaire (discusión en la que Tomás de Alencar y João da Ega casi llegan a las manos; cf. Queirós, 2000b: 202-205 y 214-217), pero no se menciona ningún nombre español. Mientras tanto, el país vecino vivía aún, en aquel año de 1876, la resaca del Sexenio democrático y los principios de la Restauración; el presidente del gobierno era un político de la talla de Cánovas del Castillo,¹⁴ bajo cuyo impulso y legitimación de la Restauración se redactó y aprobó una constitución presumiblemente poco después del episodio en cuestión.

Eça, en suma, no ignoraba (ni podía ignorar) la urgencia del debate iberista, entre otras cosas porque, siendo aún joven, había colaborado en la *Revista Ocidental*, publicación iberista de vida efímera (duró solo medio año, en 1875) y que en Portugal se nutrió principalmente de Antero de Quental, Oliveira Martins y Jaime Batalha Reis. En mi opinión, Eça apareció en las páginas de la *Revista Ocidental* no exactamente porque se identificara militantemente con la causa iberista; más bien le convenía tener un espacio de publicación, además bilingüe (en portugués y español), para su primera novela, *El crimen del padre Amaro*, en lo que fue una primera versión muy deficiente.¹⁵

14. Mucho más tarde, cuando el estadista español fue asesinado, Eça dedicó una admirable crónica al trágico suceso (“En el mismo hotel”), publicada en *Revista Moderna*, el 5 de septiembre de 1897 (cf. Queirós, 2005: 57-63).

15. Varias cartas de Antero a diferentes destinatarios tratan del ideario de la *Revista Ocidental* y de las dificultades a las que se enfrentó, incluida la problemática publicación de la citada novela de Eça (cf. Quental, 1989: 188 y ss., y también la introducción a la edición crítica de *El crimen del padre Amaro*; Queirós, 2000a: 19 y ss.). Oliveira Martins fue responsable del texto de apertura del primer número de la revista, “Los pueblos peninsulares y la civilización moderna”; en ese número inaugural, hay un ensayo de Pi y Margall (“El Arte”) y un extenso poema, “Invitación”, firmado por un nombre que pasaría a la historia de España por sus atributos como poeta: Antonio Cánovas del Castillo (véase https://purl.pt/12150/4/res-4172-v/res-4172-v_item4/res-4172-v_PDF/res-4172-v_PDF_24-C-R0150/res-4172-v_0000_capa-cap_a_t24-C-R0150.pdf).

La atención prestada por Eça de Queirós a España, como partícipe de un espacio ibérico en el que Portugal era una parte geográficamente menor y, para algunos, amenazada de invasión por su vecino más robusto, no se agota en *Los Maia* y en el episodio que he comentado. Recordaré rápidamente otras referencias a esa condición y a las diferencias que surgen de ella, casi siempre más acentuadas que las afinidades y complicidades existentes entre los pueblos peninsulares.

A menudo, añadiría, esas referencias están filtradas por la ironía, la caricatura o el despliegue de voces ficcionales, modulaciones que no siempre (o incluso raramente) son tenidas en cuenta por los comentaristas de la novela queirosiana.

Una de esas voces, todavía en *Los Maia*, ni siquiera es portuguesa. Se trata del personaje Craft, británico y amigo del protagonista Carlos da Maia, cuya flema y discreción disfrazan con dificultad una actitud de arrogancia hacia las costumbres portuguesas y peninsulares. He aquí cómo Craft muestra su distanciamiento de algunas de esas costumbres, cuando relata la actuación, en Madrid, de una dama que canta una mala-gueña:

Y él, como se aburría, pasó a otra sala, vio jugar todo un *robber* de *whist*, hojeó un inmenso álbum, discutió acerca de la guerra carlista con el general Jovellos, y cuando regresó, allí estaba todavía la buena señora, con sus claveles en el moño y la mirada perdida en el techo, eternizada en el mismo a-a-a-a-a-ay. (Queirós, 2000b: 755)

La sátira esbozada es más amplia de lo que parece. En el texto se dice que Craft “arremetió contra el fado, las malagueñas, las peteneras, contra toda aquella música meridional, que no era sino un gargarismo gemebundo, prolongado hasta el infinito con mil ayes estériles y complacientes” (Queirós, 2000b: 755). La expresión “toda aquella música meridional” es bastante elocuente; cabe preguntarse si Eça simpatizaría con esa imagen despectiva, él que conocía mundo y tenía una vasta experiencia, a veces ambivalente, de las formas de vida y mentalidad inglesas. En consecuencia, y sin romper la (eventual) complicidad con el inglés Craft, el Eça crítico del afrancesamiento de la cultura portuguesa reconocería al menos cierta autenticidad genuina en lo que, para el personaje, era “un gargarismo gemebundo”.

Lo cierto es que, desde muy pronto, Eça había estado atento no solo a la imagen portuguesa de España, sino también, y a la inversa, a la forma en que esta juzgaría la crisis social que se extendía en Portugal. Solo un ejemplo de *As Farpas*, los panfletos en los que Eça y Ramalho Ortigão procedían a un análisis cronístico y preficcional de la vida pública portuguesa: en el parlamento, se dice en una *farpa* [“astilla”] de agosto de 1871, “todas las cuestiones de administración, política, instrucción, dinero, etc.” son ignoradas, en favor del insulto y la agresividad parlamentaria; sin embargo, queda una advertencia: “¡España mide, palmo a palmo, la porción de nuestra libertad que está siendo sepultada en el fango!” (Queirós y Ortigão, 1971: 22; la *farpa* citada es de Eça).

La expresión que dice que España “mide (...) la porción de nuestra libertad” es sibilina, pero indica claramente lo que parece estar en juego: una amenaza contra la independencia de un país minado por una decadencia que podría tener resultados trágicos. Y así sucedió, no, después de todo, por culpa

de España, sino por la acción del viejo “aliado” británico, en el momento de la crisis del Ultimátum de 1890.

Antes de eso (y también antes de *Los Maia*), Eça alimentó un proyecto de ficción del que acabó desistiendo. En él retomaba el tema de la invasión, trabajado de forma más agresiva e impactante de lo que ocurriría más tarde con la provocativa “enormidad” de João da Ega en el Hotel Central. Me refiero al esbozo de una novela titulada muy significativamente *A Batalha do Caia* [La batalla de Caya], de la que se da cuenta, en noviembre de 1878, en dos extensas cartas a Ramalho Ortigão. En ellas, Eça deja entrever que la invasión de Portugal por el vecino español, a través de la frontera de Caya,¹⁶ provocaría un escenario de escandalosa catástrofe nacional, repleto de “episodios picantes, lúgubres, voluptuosos, *épatants*”; y así, el burgués “al que le gusta el rico escenario de libertinaje” vería “a su propia hija violada, en medio del patio, por el brutal catalán de los *dragones de Pavía*” (Queirós, 2008: 214).

El proyecto fue abortado, en buena medida porque el novelista era consciente de que su condición profesional, como cónsul portugués (en aquel momento en Newcastle), no era compatible con ser responsable de un escándalo fácil de prever.¹⁷ Pero esto no evitaba un dilema: por un lado, estaban las

16. El 11 de enero de 1890, el gobierno británico envió al portugués un memorándum exigiendo la retirada de Portugal de la vasta franja situada entre Angola y Mozambique, que formaba el llamado mapa rosa. Ceder al ultimátum, bajo amenaza de ataque y ocupación, se tradujo en una humillación nacional y provocó un resurgimiento del ideario iberista, también en Antero de Quental, que se había ido alejando de él; este resurgimiento “se basaba en el razonamiento pragmático de que solo así, a través de esta convergencia de energías e identidades en el espacio ibérico, sería posible hacer frente a la arrogancia de Inglaterra, y Portugal se liberaría definitivamente de la dependencia en relación con la «pérfida Albión»” (Marques, 2007: 78).

17. Una prueba de eso mismo: un amigo, también diplomático, al que se le leyeron partes del libro en preparación, reaccionó con espanto: “Lo estoy viendo, en mi

obligaciones del diplomático que preveía los riesgos políticos de la publicación; por el otro, la osadía del escritor con ganas de tratar un tema tentador. Palabras de Eça:

Ma pensé intime: que el libro (...) es, por un lado, inoportuno, y, por el otro, un ataque en cada página a la vecina España: y solo sirve, por tanto, para generar irritación. Por eso, tal vez sería mejor no publicarlo (...) Por otro lado, ¿perder tales episodios literarios? ¡Ay, chico! Pues ¿no podré dar a la publicidad una descripción de Lisboa en anarquía: las iglesias llenas de mujeres angustiadas, las improvisaciones de los batallones de voluntarios, los bancos en quiebra, la falta de trabajo organizando insurrecciones diarias, el pánico en la mesa, los burgueses del centro presenciando la catástrofe? (Queirós, 2008: 214)

La palabra “catástrofe” no es, en el contexto en que aparece, intrascendente. De hecho, tras haber renunciado a *A Batalha do Caia*, Eça no abandonó el tema de la invasión, como se ve en el tratamiento más “ameno” y casi cómico que se encuentra en *Los Maia*. En cualquier caso, cuando vuelve al tema, el ejército español abandona la escena. Así, en un cuento titulado precisamente *A Catástrofe* [La catástrofe], se narra la ocupación de Portugal por una potencia extranjera y la sumisión del país a la tutela de esa potencia que, sin embargo, no se identifica en el texto.

sofá”, se dice en la primera carta a Ramalho, “con las manos juntas sobre la cabeza, murmurando con aire aturdido: —¡Qué escándalo! Qué escándalo!” Y más adelante: “Se despidió de mí, diciendo en tono afligido: —¡Quémelo! Quémelo!” (Queirós, 2008: 212-213).

De todos modos, esta segunda incursión, posterior a *A Batalha do Caia*, también es inédita,¹⁸ y es uno de los numerosos textos sometidos a lo que he llamado los silencios de Eça (cf. Reis, 2002).

Otro de estos silencios corresponde a una novela también inédita titulada *La capital* (subtítulo: *Inicios de una carrera*), novela en la que, en un determinado momento, se habla de España y su lugar en el imaginario portugués. Contemporáneo del proyecto de *A Batalha do Caia*, el texto de *La capital* llegó a tener pruebas de imprenta, pero acabó quedando inédito.¹⁹ Es un relato de aprendizaje, que sigue el modelo balzaquiano de *Ilusiones perdidas* y presenta también afinidades con *La educación sentimental* de Flaubert; cuenta la historia de Artur Corvelo, un poeta de provincias que, deseoso de triunfar en Lisboa, ronda por los círculos literarios y políticos de la capital, dando muestras de una inocencia que comprometería sus ambiciones de grandeza.

La referencia a España y a los españoles tiene lugar en una reunión política, durante la iniciación del protagonista Arthur en el Club de los Republicanos. En esa ocasión, algunos acalorados conspiradores discuten sobre la instauración, deseablemente cerca de ellos, de la República en Portugal:

A continuación se discutió el trabajo urgente del club. En primer lugar, era necesario fundar un periódico. Un hombre de barba rubia señaló la

18. El cuento *A Catástrofe* se encuentra en el volumen *Contos II*, editado por Marie-Hélène Piwnik (cf. Queirós, 2003: 17-34).

19. Solo se publicó póstumamente, en 1925, pero con graves defectos editoriales. La edición crítico-genética de la que podría haber sido una de las obras cumbres de Eça intentó reparar, en la medida de lo posible, las deficiencias de la primera edición (cf. Queirós, 1992).

necesidad de seducir a algunos militares. El club debía publicar un manifiesto para todos los liberales, dijo otro, debían comunicarse con los republicanos españoles: este proyecto parecía desagradable: algunos encontraban en él un odioso sabor ibérico... ¡Pero la salvación de la Península era la república federativa! Y además, para hacer una república se necesita dinero y armas... ¿De dónde vendrían? De España.

—Ni españoles, ni españolas.

—Españolas sí, dijo un gracioso (Queirós, 1992: 297-298).

Las reacciones que suscita el debate son un claro testimonio de la frecuencia con que la cuestión de las relaciones de Portugal con España vuelve a la vida pública portuguesa, tratada una vez más por Eça con caricatura y sorna. El personaje que declara la importancia de recabar apoyos en la vecina España sabe bien que esa vecindad no podía ser ignorada, cuando La Gloriosa estaba en marcha (es en esa época cuando transcurre la acción de la novela); el otro, el que repudia la ayuda española, también sentirá ciertamente el “odioso sabor ibérico” que acarrea una alianza política con España; por último, el bromista que invoca a las españolas no se limita a desmentir la supuesta seriedad de una reunión política desmitificada por la ironía de Eça. Para el personaje bromista, tal vez España no traiga dinero ni armas, ni buenos vientos ni buenos casamientos, pero sí el salero y el erotismo andaluces, señas de identidad de la colonia de ciudadanas españolas que circulaba por la Lisboa del siglo XIX.²⁰

20. El protagonista, Artur Corvelo, mantiene una fugaz relación amorosa con una andaluza, lo que formaba parte de las costumbres bohemias de la época, tal como eran vividas por un hombre joven, adinerado, cultivado y pronto en bancarrota.

Más sutil y ambigua es la alusión ya no expresamente a España, sino a la lengua española y la literatura españolas, como la encontramos en una carta de *La correspondencia de Fradique Mendes*. Recuerdo lo conocido: la figura de Carlos Fradique Mendes y el epistolario del que es autor configuran una alteridad consumada en un proceso de desdoblamiento irónico y, a veces, paródico en relación con Eça de Queirós. Así, lo que llamamos *fradiquismo* establece, en el plano ideológico y en lo que se refiere a la respectiva actitud vital, un pensamiento autónomo, manteniendo a Eça en una posición dinámica de cercanía y distancia con respecto a la figura que creó.²¹

Debemos, por tanto, atribuir a Fradique y no automáticamente a Eça la visión de España y de su cultura que se expone en una carta a una tal Madame S.

En esta carta, se trata de responder a una petición: encontrar un profesor de español para el hijo de la destinataria. La respuesta de Fradique es desconcertante y tiene el sabor de una provocación:

Mi querida amiga:

El español se llama don Ramón Covarrubia, vive en el Passage Saulnier, 12, y como es aragonés y por lo tanto sobrio, creo que con diez francos por

21. Hoy existe una vasta bibliografía crítica dedicada a esta creación queirosiana. En resumen: esta "figura compuesta por Eça de Queirós a partir de 1885 (...) no es un personaje convencional de novela, sino una entidad de conformación preheteronímica (...). Designado en *La correspondencia de Fradique Mendes* (1900) como Fradique Mendes o, más familiarmente, Fradique, su personalidad se ajusta, con algunos trazos de caricatura, a la imagen del dandy finisecular y viajero compulsivo, de cultura ecléctica y dispersa; además, Fradique Mendes es un escritor en proyecto, destinado al silencio literario, con excepción de algunos poemas juveniles. Esto no impide el desarrollo, a la luz de esa dispersión, de un pensamiento que se ha dado en llamar fradiquismo". (Reis, s.d.)

lección se contentará ampliamente. Pero si su hijo ya sabe el castellano necesario para entender los *Romances*, *Don Quijote*, algo de la picaresca, veinte páginas de Quevedo, dos comedias de Lope de Vega, una o dos novelas de Galdós, que es todo lo que hace falta leer de la literatura española, ¿para qué quiere mi sensata amiga que pronuncie este castellano que sabe con el sabor y el salero de un madrileño nacido en las mismas piedras de la Calle Mayor? (Queirós, 1995: 139-140)

En resumen: aparentemente, la lengua española no merece una atención que vaya más allá del rudimentario conocimiento que se sugiere; y la literatura española se reduce a lo poco que aparece en esa lista de textos y autores. Pero esto no es todo.

La desconsideración mostrada por las palabras de Fradique Mendes se explica por dos razones. La primera: el cosmopolita Fradique mira con cierto desprecio una lengua y una literatura tal vez demasiado cercanas a la portuguesa como para merecer atención y cuidado (la forma en que algunos portugueses exhiben sin pudor la degradación lingüística llamada portuñol es una burda versión de la frivolidad de Fradique). La segunda razón: la postura lingüística y, a todos los efectos, antiespañola de Fradique Mendes procede de una filosofía del lenguaje solo esbozada en la carta que comento, y remite a una concepción nacionalista y casi aislacionista de la práctica lingüística. Dice Fradique:

Un hombre sólo debe hablar con seguridad y pureza la lengua de su tierra; todas las demás debe hablarlas mal, orgullosamente mal, con aquel acento monótono y falso que revela en seguida al

extranjero. En la lengua reside verdaderamente la nacionalidad, y quien va adquiriendo con creciente perfección los idiomas de Europa, va sufriendo gradualmente una desnacionalización. (Queirós, 1995: 140)

No puedo ahora extenderme en el largo análisis que merecen estas palabras. Me limitaré, pues, a tres anotaciones. Una: para Fradique, dominar una lengua extranjera es casi como ser dominado por ella (lo que no está lejos del riesgo de invasión). Otra: que el nacionalismo idiomático fradiquista está cercano a la filosofía humboldtiana del lenguaje y a la visión holística que implica, representada en la interdependencia mundo-hombre-lengua. Por último: ese nacionalismo está, evidentemente, en el origen del falso “patriotismo” de Bernardo Soares, expresado en la famosa y ya manida afirmación “mi patria es la lengua portuguesa”.²²

Me he detenido en Eça de Queirós más de lo que parecería aceptable, teniendo en cuenta que no es uno de los autores “canónicos” del iberismo y de su pensamiento político y cultural. Lo cierto, sin embargo, es que, como novelista, Eça abordó como nadie la vasta problemática de la identidad portuguesa, la relación de Portugal y los portugueses con el extranjero, la decadencia nacional y las amenazas que entrañaba; pero no se detuvo ahí, por supuesto. Es en este amplio contexto en el que se sitúa la cuestión española, especialmente en un tiempo como el siglo XIX, una época, en ciertos periodos, muy convulsa a ambos lados de la frontera.

22. Habitualmente, quienes citan esas palabras se las atribuyen a Pessoa, ignorando que también él utilizó un semiheterónimo (otra coincidencia) para formular su supuesto “alto sentimiento patriótico”; ese “sentimiento” es desmentido inmediatamente en las palabras que siguen, casi siempre omitidas por quienes las citan: “No me importaría que invadiesen o conquistasen Portugal, siempre que no me molestasen personalmente” (Pessoa, 2014: 358).

El registro ficcional en el que Eça habló de España, de los españoles, su lengua y su cultura requiere, obviamente, lecturas que tengan en cuenta la dimensión modeladora propia de ese registro. Parece cierto, sin embargo, que el talento queirosoiano y la gracia incomparable de sus textos constituyen poderosos argumentos para que prestemos atención, en el pasado y ahora, a una temática que no se cierra en el ámbito doctrinal; el texto de ficción y los discursos (de personaje y narrador) que en él se difunden captan y llegan a públicos que, de otro modo, quizá podrían estar ajenos a las cuestiones que aquí están en juego. E incluso cuando Eça cultiva la polémica, su ironía, su vocación por la caricatura y la alegoría cómica confirman el potencial de seducción que suaviza, sin banalizarlo, el tratamiento de dichas cuestiones.

Una cosa es segura: desde su posición de atento observador de la vida cultural portuguesa y del imaginario que la alimentaba, Eça de Queirós manifestó una conciencia muy clara de lo que, para él, era una especie de chocante síndrome de ignorancia de su país hacia España. Esta conciencia aparece en un texto que, por otra parte, permaneció inédito, por razones que no tenían que ver con el país vecino, sino quizá con Francia.²³ En efecto, hacia 1887 (el año es conjetural, pero muy probable), Eça escribió un ensayo conocido por el título “O ‘Francesismo’” [El ‘Francesismo’], en el que esboza su autobiografía cultural, señalando, en sí mismo y en su generación, el peso casi opresivo de la cultura francesa. Muy presentes en Portugal, al menos desde el siglo XVIII, y ya objeto de crítica por parte de otros (Garrett, por ejemplo), las ideas y costumbres francesas motivaron su rudimentaria “traducción portuguesa”, revelando una dependencia que se manifestó trágicamente irónica.

23. Me explico: el Eça que, en la segunda mitad de los años ochenta del siglo XIX, albergaba esperanzas de convertirse en cónsul de Portugal en París, se habría dado cuenta a tiempo de los problemas que podían causar sus críticas antifrancesas.

Como sabemos, a principios del siglo XIX, la siempre temida invasión de Portugal fue consumada, en tres etapas, por la Grande Armée napoleónica, dando lugar a una resistencia estratégica luso-británica-española, cuya denominación es muy significativa: Guerra Peninsular.²⁴

A pesar de esta invasión prolongada y devastadora, vivida conjuntamente por los pueblos ibéricos, no se atenuó la presencia cultural francesa, caricaturizada por Eça en una expresión que se hizo famosa: “—*Portugal es un país traducido del francés a la jerga*” (Queirós, 2011: 147). En el campo literario, contrasta con esta presencia una ausencia flagrante, expresada en estos términos:

Más allá de Francia no se sabe nada, y es como si, literariamente, el resto de Europa fuera un vasto páramo mudo bajo la niebla. De nuestra vecina España no sabemos nada. ¿Quién conoce ahí los nombres de Pereda y Galdós? (Queirós, 2011: 161).²⁵

Los nombres señalados son obvios, pero se hace evidente, en el discurso queirosiano, una ausencia que causa extrañeza: Clarín. De hecho, los dos novelistas españoles mencionados por Eça ya habían afirmado, en la escena literaria de finales

24. Dejo aparte la Guerra de las naranjas, de 1801, que fue muy breve y precedió a la larga Guerra Peninsular, cuya evocación portuguesa se hace, por parte de Portugal, en dos monumentos, en Lisboa (Entrecampos) y en Oporto (glorieta de Boavista).

25. Eça hace explícita otra ausencia a la que da aún más énfasis: “La literatura inglesa, incomparablemente más rica, más viva, más fuerte y más original que la francesa, es tan ignorada, a pesar de que el inglés es generalmente conocido, como en los remotos tiempos en que se necesitaban veinte largos y laboriosos días para ir de Lisboa a Londres”. (Queirós, 2011: 161).

de los años ochenta (aunque, al parecer, no en Portugal), la fuerte presencia que se les reconoce: José María de Pereda como representante del llamado costumbrismo, de propensión conservadora y antiliberal, con vasta obra realista y crítica publicada en la época a la que se refería su cofrade portugués;²⁶ Benito Pérez Galdós, consagrado ya por la publicación de dos series de *Episodios Nacionales*, cuyo aliento histórico iba mucho más allá de lo que Eça había proyectado en unas llamadas (y abortadas) *Cenas da Vida Portuguesa* [*Escenas de la vida portuguesa*], concebidas, también con otras designaciones, en los años setenta.

Falta, pues, Clarín y eso da que pensar. De hecho, cuando Eça alude brevemente a Pereda y Galdós, el gran novelista ya había publicado, en dos volúmenes (1884-1885), su magistral novela *La Regenta*. En ella, y siguiendo su confesa admiración por Eça, abordó temas, situaciones y comportamientos (el adulterio, la vida clerical, la educación romántica, la condición femenina, etc.) que la narrativa queirosiana ya había tratado en dos novelas: *El primo Basílio*, en 1878, y *El crimen del padre Amaro*, en 1880 (la tercera versión). El aprecio de Clarín por su cofrade portugués se expresa en una carta a Galdós, fechada el 24 de junio de 1883, citada y comentada, entre otros, por António Apolinário Lourenço en su extenso y capital estudio sobre el naturalismo en la Península Ibérica (cf. Lourenço, 2005: 362 y ss.; también Reis, 1999).

Más allá de esa admiración, Clarín llegó a plantearse la creación de una Liga Literaria Hispano-Portuguesa que ayudara a

26. Sin embargo, en aquella época aún no había aparecido *Peñas Arriba* (1895), novela en la que son claras las afinidades con el cuento queirosiano *Civilización* (1892) y, sobre todo, con *La ciudad y las sierras* (1901); sobre estas afinidades y también sobre algunas diferencias importantes entre ambos escritores, véase Piwnik, 2002: 61-74.

anular el desconocimiento mutuo entre los dos países.²⁷ Son significativas estas palabras, en el primero de dos artículos aparecidos en el diario *El Porvenir*, en septiembre de 1882: “Podrá ser discutible si España y Portugal deben juntarse en un solo Estado en breve término”, dice el autor de *La Regenta*; y continúa: “pero no cabe discutir si conviene que dos pueblos hermanos y vecinos se conozcan mejor y, por consiguiente, se estimen más que hasta ahora” (apud Utt, 1988: 203). Unos años más tarde, Clarín va más allá: “Mi opinión particular es que Portugal, España... y la América española y portuguesa deben formar, antes o después, una sola nación intercontinental” (apud Utt, 1988: 214). Que yo sepa, Eça ignoró el proyecto de la Liga Literaria, nunca habló de Clarín y probablemente no leyó *La Regenta*. Como quien dice: predicó a los demás lo que él no cumplió.

Llego a Miguel Torga y centro mi aproximación al gran escritor portugués en una expresión que él mismo propuso en uno de sus poemas: Iberia como locura colectiva. Una expresión que, aunque pueda parecer reductora, es muy sugerente en el marco poético en que aparece.

Contextualizo lo que ahora me interesa: Miguel Torga inició, en la década de 1930, una trayectoria literaria de las más individualizadas del siglo XX portugués, reconocida como tal por los estudiosos de su obra.²⁸

27. En el libro de Apolinário Lourenço hay un amplio análisis de las presencias y ausencias de España en la obra de Eça y también de la propuesta de Clarín a favor de la Liga Literaria Hispano-Portuguesa (cf. Lourenço, 2005: 343 y ss.).

28. Dos testimonios críticos: para Eduardo Lourenço, el autor de *Poemas Ibéricos* emblemata una “desesperación humanista” que no es simplemente humana; él “es humanista porque es hijo de la intención mil veces expresada (...) de encerrar la realidad humana únicamente en el hombre y en su aventura cósmica” (Lourenço, 1974: 123); David Mourão-Ferreira describe a Torga como “portugués y europeo, regional pero universal, y sobre todo profundamente *ibérico*, desgarrado entre la nubosidad atlántica y la claridad mediterránea, hombre de tierra firme que sufre, sin embargo, la incesante seducción del mar (...)” (Mourão-Ferreira, 1969: 270-271).

Los términos en que se abrió camino, en relación directa con su fuerte personalidad y con una actitud ético-literaria derivada de una cosmovisión romántica, contribuyeron a que Torga se convirtiera en una referencia cultural con algo, *malgré lui*, de institucionalizado, sobre todo después de 1974. Tal vez por ello, su fortuna cultural es muy desigual, oscilando entre juicios de admiración ilimitada y omisiones casi provocadoras.²⁹

Como quiera que fuese, Miguel Torga construyó una imagen de sí mismo de corte tardorromántico y actitud independiente en relación con grupos y movimientos. De ahí el reiterado orgullo, declarado por el propio escritor, “de tener, como [sus] antepasados, la conciencia limpia de la honradez del oficio”, lo que legitima un proceso de escritura que reivindica “la virtud de estar motivado desde dentro” (Torga, 1960: 104).

Subrayo lo siguiente: el nombre de Miguel Torga (nombre-seudónimo, como sabemos y, como tal, elegido por él) remite a una genealogía de raíces ibéricas, donde resuenan personalidades semi-homónimas: Miguel de Cervantes y Miguel de Unamuno, representados uno al lado del otro con Miguel Torga en una caricatura de João Abel Manta, titulada “Diálogos confidenciales”.³⁰ Por otra parte, el apellido Torga, como nombre de una planta rústica de la familia de los brezos, procede del paisaje, la vivencia y el imaginario de Trás-os-Montes, orígenes casi míticos de los que el escritor nunca renegó. De ahí proceden rasgos que, casi siempre por asociación con la biografía del escritor, los críticos de Torga han fijado en

29. Por ejemplo: la poesía de Torga no aparece en las antologías *Edoi Lelia Doura. Antologia das Vozes Comunicantes da Poesia Moderna Portuguesa* (1985) organizada por Herberto Helder, y *Século de Ouro. Antologia Crítica de la Poesía Portuguesa del Siglo XX* (2002), de Osvaldo M. Silvestre y Pedro Serra. En este último caso, llegó a haber reacciones encendidas en Portugal contra la omisión de Torga.

30. En la imagen, Torga está en el centro, con los brazos sobre los hombros de Cervantes a la derecha y de Unamuno a la izquierda.

epítetos recurrentes: Torga es telúrico, rebelde, salvaje, humanista, trágico e incluso cósmico.

La condición telúrica es determinante para conformar los términos en que el poeta interpreta y modela líricamente Iberia. Precisamente un estudioso del autor de los *Poemas ibéricos* señala que “la tierra asume una posición de extrema importancia en la poesía de Miguel Torga, la tierra en todas sus dimensiones o aspectos, desde lo que puede traducirse con la raíz latina *tellus, uris*, el suelo, hasta la noción más amplia de planeta o universo, pasando por la noción de Iberia y patria” (Linhares Filho, 1997: 138). La tierra torguiana es, pues, tierra ibérica, lo que justifica la ponderación del sentido de la patria, su historia y sus héroes, considerados en lo que tienen de común, en el concierto de los pueblos y naciones del amplio espacio peninsular.

Me centraré, pues, en la colección de 1965, que profundiza en la que, antes de ella, se tituló *Algunos poemas ibéricos* (1952). Comienzo observando que, en mi lectura, los *Poemas ibéricos* son un conjunto fechado y condicionado, por dos razones. Primero: la concepción torguiana de la poesía, del poeta y de su relación con el mundo y con los demás está fuertemente marcada por imágenes y mitos románticos que la forma de ser del poeta portugués mantuvo prácticamente inalterados a lo largo de las décadas. Segundo: los *Poemas ibéricos* se inscriben, obviamente, en un linaje de reflexión iberista, en el sentido multiforme que la expresión permite, pero se enuncian a la sombra de una referencia canónica y, en cierto modo, contra ella: *Mensagem*, de Fernando Pessoa.

Esta especie de dependencia fue señalada, junto con otros estudiosos de Torga, por José Rodrigues de Paiva, en un artículo aparecido en 2008: “Destaca”, dice el ensayista, “la concepción / construcción de *Poemas ibéricos* (...) y lo que posiblemente

refleja la poética de *Mensaje* de Pessoa”; y añade: “reflejo que en Torga puede verse a grandes rasgos tanto en la macroestructuración de su libro como en ciertos resultados logrados en aspectos puntuales, en el paso a paso de cada poema, en detalles de las microunidades que forman el todo de cada una de las dos obras” (Paiva, 2008: 56).

A esto añado una conjetura: la emulación (si podemos llamarla así) sugerida aquí no es meramente epigonal. Conlleva un deseo tácito de superación, por parte de Torga, en un diálogo divergente y un tanto “ansioso” (explica Harold Bloom...) con el legado de Pessoa. Creo que es incluso plausible decir que, yendo más allá de la cuestión ibérica, la coherencia granítica de Torga combinaba mal con la plural complejidad ontológica del gran poeta modernista y con su “insinceridad”. Se acepta, a partir de ahí, esta conclusión: “El mensaje de los *Poemas ibéricos* contradice frontalmente el del *Mensaje* de Pessoa” (Lopes, 2009: 28).³¹

Hay, en mi opinión, otra diferencia importante, que es de juicio y de propósito. Los *Poemas ibéricos*, su acercamiento a la tierra ibérica y su respectiva representación poética no solo traen consigo el sufrimiento resentido que era una constante en Torga, a lo que se añadía su relación ambivalente con Pessoa; esa representación está revestida de una intensidad emocional y dramática en sintonía con la idiosincrasia de un

31. En este breve ensayo también podemos leer: “Iberia es un cuerpo para Torga, un cuerpo delgado, pobre, «casajoso y franciscano», pero maternal, al que los niños que mamaron de sus tetillas de piedra le deben fidelidad eterna. Para Pessoa, por el contrario, «un país es un alma», y es en esta condición abstracta que Portugal figura en *Mensaje*” (Lopes, 2009: 28). Una disertación académica fechada en 2017 se centró, sucesivamente, en *Mensaje*, *Poemas ibéricos* y *La balsa de piedra*; se trata de una lectura centrada principalmente en cuestiones identitarias, en la que solo de forma sumaria se lleva a cabo una confrontación crítica entre las tres obras (cf. Berndt, 2017).

poeta que, para bien o para mal, se tomaba a sí mismo extraordinariamente en serio. A sí mismo y su oficio de poeta. Así, *Mensaje* puede leerse en divergencia con el concepto torguiano de poesía, en cuanto a la tematización telúrica, identitaria e iberista que ese concepto impulsa y también en otro aspecto que, me parece, suele pasarse por alto.

Mi lectura divergente de *Mensaje*, radicalmente contraria a la reverencia sacralizadora cultivada por la exégesis de Pessoa, se basa en la observación de un timbre paródico subtextual que la retórica épico-nacionalista del libro de Pessoa conlleva y que justifico de este modo: un poeta genial y tan sinuoso como Pessoa bien pudo, en la misma obra y con un talento sin par, celebrar y subvertir, proclamar y erosionar a los héroes, los mitos y los episodios históricos que habitan esta casi epopeya, escrita, además, contra otra epopeya (la camoniana, por supuesto). Según esta lógica de reversión paródica, mucho más insidiosa que la queirosiana, se explica la inclusión en *Mensaje* de poemas de un convencionalismo e incluso de un mal gusto tan flagrantes como, en mi opinión, deliberados.³²

Miguel Torga, por su parte, quiso ir más lejos que Pessoa y, en cierto modo, profundizar, en clave ibérica, *Mensaje*. A diferencia de este último y de sus héroes y mitos, genéricamente lusitanos y portugueses, la colectánea identitaria compuesta por Torga celebra un colectivo que reúne Portugal y España en la autenticidad telúrica del espacio ibérico, en una unidad desdoblada. No por casualidad, el macrotexto torguiano se abre con un poema titulado “Iberia”:

32. Ejemplifico el convencionalismo banal con uno de los poemas más celebrados de *Mensaje*, “Mar portugués”, cuyos llantos, lágrimas saladas, novias abandonadas y el océano en el que Dios reflejaba el cielo recuerdan, en el límite de lo kitsch, la configuración también lacrimógena del “Niño de su madre”. Recuerdo la razón contextual que explica *Mensaje* y su motivación inmediata: concurrir a un premio promovido por la Secretaría de Propaganda Nacional del Estado Novo portugués.

Tierra.
Lo que esta palabra diga, y nada más.
Solo así la resume
quien la contempla desde la mayor cumbre,
cargada de sol y de pinares.

Tierra-tumor-de-angustia de saber
si el mar es hondo y deja al fin pasar...
Una antena de Europa para recoger
a la remota voz que le quiere hablar...

Tierra de pan y vino
(hambre y sed solo vendrán después
cuando la espuma salada sea camino
por el que uno camina desdoblado en dos).

Tierra desnuda y tan ancha
que contuvo al Viejo y al Nuevo Mundo...
Que contiene a Portugal y a España
y a la locura alada de su pueblo.

(Torga, 1998:7)

Este poema funciona casi como la proposición de una epopeya en la que la tierra originaria cede a la llamada del mar y la solidez telúrica se transmuta en aventura, osadía, sacrificio y locura.

Después de “Iberia”, poema-prólogo, los *Poemas ibéricos* siguen una trayectoria narrativa en varias etapas. La primera es una historia trágico-telúrica que envuelve a la raza y su destino, el pan y el vino que brotan de la tierra, más la pluralidad de pueblos de Iberia, transitando por un camino común y arduo (“mies humana a la misma intensa luz; / pueblo vasco,

andaluz, / gallego, asturiano, / catalán, portugués: / el camino es áspero y franciscano / de la raíz a la sepultura”; Torga, 1998: 16); luego, una historia trágico-marítima que, como la otra, implica aventura y seducción, engaño, decepción y sufrimiento (“¡Mar! / ¡Mentirosa sirena ronca y triste! / ¡Fuiste tú el que nos vino a cortejar/ y fuiste tú el que luego nos hundiste!”; Torga, 1998: 43);³³ después vienen los héroes –monarcas y navegantes, pero también poetas y artistas–, algunos de ellos en común con *Mensaje* (por ejemplo, Viriato y Don João II), otros (como el Cid o Cortés) extendiendo el síndrome de la locura a escala ibérica; finalmente, la pesadilla, culminación de un destino peninsular que “Sancho de la lanza y el arado”, vuelto a Iberia, debe rescatar, hasta ser el transfigurado “Don Quijote, el verdadero” (Torga, 1998: 121).³⁴

El iberismo de Torga y el *ethos* romántico e idealista en el que se inspira (Torga reivindicaba la inspiración como fuerza genética de su poesía) pueden, en síntesis, particularizarse en dos facetas que lo singularizan. En primer lugar, la condición heroica a la que acabo de aludir genera, a la manera de las figuras caracterizadas por Thomas Carlyle, en *Sobre los héroes. Culto al héroe y lo heroico en la historia* (1841), héroes marcados por designios providenciales; destacándose del conjunto de los hombres ordinarios, pueblan el espacio y el imaginario ibéricos. En segundo lugar, una faceta más obvia, dado el perfil socio-psicológico de Torga: la Iberia que concibe asume un

33. En el imaginario cultural portugués, la *História Trágico-Marítima* se lee como la cara negativa y antiépica de la aventura de los descubrimientos. Se trata de una recopilación de naufragios y otras catástrofes, compilada en dos volúmenes (1735 y 1736) por Bernardo Gomes de Brito.

34. La patria ibérica “que asesina a sus poetas como se hizo con Federico García Lorca, la ‘rosa de Granada’ en el poema de Torga” (Paiva, 2008: 60), necesita el impulso de regeneración identitaria con el que termina el libro: “Es necesario que Sancho se recupere, arado en mano, rechazando traicioneros sueños de grandeza y vuelva a cultivar sus campos y a librar esa cotidiana ‘batalla de ser fiel a la vida’, sin olvidar nunca que, para Torga, tierra y vida son equivalentes” (Lopes, 2009: 37).

rasgo casticista, incluyéndose en ella la ferviente autenticidad que ya ha sido analizada por uno de los principales estudiosos del poeta portugués:

Quando analizamos el casticismo del poeta de Trás-os-Montes vislumbramos a través de su ardiente amor a la tierra un no menos ferviente amor a la tierra que es patria y a una patria que es sentida por el poeta como patria ibérica. Testimonio elocuente de ese amor es el libro *Poemas ibéricos* (...) [Torga] no se resigna a vivir limitado por la frontera con España. Aspira a ser un ciudadano peninsular, ibérico. Para el poeta, la patria es cultura. Y la cultura que riega el humus fértil de su alma es la cultura ibérica, una cultura que no acepta límites fronterizos entre Portugal y España. (Herrero, 1979: 129)

Casi tres décadas después de la publicación de los *Poemas ibéricos*, se produce un epílogo muy significativo y, en cierto modo, regresivo, que prácticamente cierra el diálogo de Miguel Torga con España, con el escenario peninsular y con la mitología ibérica. Curiosamente, ese epílogo tiene un origen común con el transiberismo protagonizado por José Saramago, etapa final de mi recorrido.

Me explico: a partir de 1986, año de la integración de los países ibéricos en la entonces Comunidad Económica Europea, el tema del iberismo, con sus percepciones e imágenes, cambió considerablemente, y tampoco podría haber ocurrido de otro modo en ese nuevo contexto geopolítico. Por limitarme a dos aspectos relevantes de ese cambio: surge, al menos en Portugal, una conciencia de pertenencia europea que, al

suavizar complejos de marginalidad muy antiguos,³⁵ se armoniza con mutaciones históricas decisivas, como la normalización de la vida democrática y la desaparición del imperio colonial. Por otra parte, la profundización del llamado proyecto europeo favorece la eliminación de fronteras entre los países europeos que se habían adherido a la llamada Convención de Schengen. Y también, por supuesto, entre los dos vecinos, que firmaron dicha convención en 1991.³⁶

No fueron cambios pacíficos ni sin consecuencias, tanto para Torga como para Saramago, aunque, evidentemente, por razones diferentes. Cito, por ahora, al primero, en su testimonio de escepticismo y desasosiego, confirmando el carácter idealista del iberismo torguiano, probablemente en colisión con una realidad que casi le ofende. Palabras de Miguel Torga, en una página de su diario, en 1993:

Hoy me tocaba cruzar la frontera sin puertas de ningún tipo. Ni inspectores de aduanas, ni policías sellando pasaportes. Solo un panel con doce estrellas que me decía que siguiera adelante. Pero eso no significaba que caminara por España con el

35. En cierto modo, la atracción francesista de la que ya he hablado y el estigma de extranjerización que recaía (y aún recae) sobre quienes se expatrian son caras visibles de esos traumas.

36. El final del siglo pasado fue, en Portugal, una época de abundantes reflexiones sobre la identidad portuguesa, sobre su destino poscolonial y sobre su relación con Europa y con España. De todas las contribuciones a que dieron lugar estas reflexiones, quisiera mencionar la de Eduardo Lourenço, tal vez el ensayista que más fructíferamente reflexionó sobre estas cuestiones, incluido el antiespañolismo portugués y las asimetrías entre los dos países. Dos pasajes de su libro más citado al respecto: “En los términos en que se ha expresado, el antiespañolismo es la enfermedad infantil de nuestro nacionalismo que está ya lejos de ser el amor sin complejo de nosotros mismos”; y más adelante: “La única respuesta sensata y creativa al desafío que el dinamismo cultural español (en su sentido más lato) puede representar para nosotros es la de tomarlo como pretexto para un diálogo más serio y profundo con la cultura vecina, como fue el caso otrora” (Lourenço, 2001: 52-54).

corazón ligero. Confrontado con la realidad del creciente poder que en ella encontraba por todos lados, mi vieja sospecha de ibérico libre salió a la superficie agravada. La arrogancia y el desprecio que leía en el rostro de cada interlocutor me causaban aún más vergüenza que en el pasado. La tesis de Franco en la escuela militar era la ocupación de esta franja occidental en pocas horas. Y la de la mayoría de los españoles, incluso civiles, es indisolublemente la misma. (Torga, 1993: 174.)

Puede decirse que este es el punto de llegada del iberismo de Miguel Torga. Los términos amargos con los que se expresa el poeta portugués, en sus últimos y sombríos años de vida, no dejan lugar a dudas: permanece viva, incluso en quien elaboró poéticamente un pensamiento iberista (que no excluía un sentimiento de libertad), la insegura desconfianza que no se libera de fantasmas cercanos en el tiempo y de las amenazas que encarnaban. Para decirlo más claramente: España era, para Torga, el motivo de un temor que solo el iberismo como espiritualidad podía superar; esto queda claro en una página de su diario, anterior a la que he citado más arriba, una página atravesada por emociones contradictorias:

Verín, 13 de septiembre de 1988. España, siempre amada y siempre temida. Aquí estoy, una vez más, maravillado y aterrado, viéndola progresar, progresar y acercarse amenazadora a la frontera. Mi iberismo es un sueño platónico de armonía peninsular de naciones. Todas hermanas y todas independientes. Pero es también una pasión irritada, que se desanima cuando se dibuja en el horizonte

alguna señal de hegemonía política, económica o cultural. Que exige reciprocidad en su buena fe y en sus encantos. Que solo quiere comulgar fraternalmente en un más amplio espacio de espiritualidad. (Torga, 1990: 133)

La penumbra en la que, en mi opinión, se ha sumido la poesía de Miguel Torga y su carácter fechado socavan el mensaje iberista que enunció. En otras palabras, la presencia de Torga en la historia literaria portuguesa se debe, más que al *pathos* de su producción poética (allí donde moran los *Poemas ibéricos*), a los atributos del cuentista de gran calidad y, tal vez en menor medida, a la escritura del diarista persistente y militante.

Además, las circunstancias que rodean la existencia cultural, política y social de los países ibéricos son hoy muy diferentes, con un desvanecimiento de aquellas imágenes de amenaza que, a finales de los años ochenta y en los noventa, resurgieron en el espíritu atormentado de Torga. Antes de esas nuevas circunstancias, el tiempo literario torguiano coincidió, en parte, con décadas de desconfianza mutua, alimentada por las dos dictaduras peninsulares. Después, la simple (si se me permite la expresión) abolición de los controles regulares en la frontera física entre los dos países hizo más por la causa iberista, en sus varias interpretaciones, que décadas o siglos en los que prevaleció el desconocimiento recíproco, sólo atenuado, pero no resuelto, por las relaciones culturales y literarias que Sáez Delgado y Pérez Isasi han documentado en su libro.

El momento en el que José Saramago llega al debate iberista es, pues, ya otro y muy diferente. Esa diferencia incluye un conocimiento más profundo y consistente de la diversidad de

las naciones y culturas peninsulares, ya representadas, conviene recordarlo, en los *Poemas ibéricos*. En cualquier caso, Saramago va más allá del plano mítico-simbólico que domina la colectánea torguiana, así como de la caracterización psico-antropológica de esa diversidad, como se manifiesta en Oliveira Martins, de forma más intuitiva que objetivamente científica.³⁷

Esto no impide hablar de una recepción productiva de Miguel Torga por parte de Saramago, lo que justifica la afirmación: “La Iberia propuesta por Saramago nace del ideario torguiano” (Grossegesse, 2009: 111). Es cierto que hay muy pocas referencias de Saramago al autor de los *Poemas ibéricos* (por ejemplo, en una página de los *Cuadernos de Lanzarote*, en el momento de la muerte de Torga, el 17 de enero de 1995); pero también parece aceptable “interpretar el silencio de Saramago sobre Torga como indicio de una autoafirmación que prescinde de la mano de un autor portugués contemporáneo, bien conocido en la vida literaria portuguesa por su iberismo” (Grossegesse, 2009: 115). Saramago querría “beber directamente de las fuentes de la cultura y la literatura hispánicas y llegar a un concepto ibérico original” (Grossegesse, 2009: 115).

El “concepto ibérico original” surge en José Saramago, de forma expresiva, sobre todo en el momento en que aparece en su obra la tematización ficcional de la Península Ibérica. Y así, con ese sentido de la oportunidad que el novelista conjugaba

37. Conviene recordar las imágenes de diversidad idiosincrásica fijadas por Martins en estereotipos que hablan del “castellano grave e indolente”, del “andaluz fanfarrón y voluble”, del “catalán industrioso”, del “valenciano cabizbajo y sedentario”, del “gallego paciente y laborioso”, del “aragonés noble y altivo en sus harapos”, etc. Y, junto a estas diferencias, observa las de los portugueses entre sí, estableciendo semejanzas con los pueblos de España: los del Miño son laboriosos y casi gallegos, los del sur “bizarras como castellanos”, los del “extremo Algarve verdaderos andaluces” (Martins, 1885: XX y XXI).

con las intuiciones que a menudo guiaban sus elecciones literarias, apareció *La balsa de piedra*, en 1986. La referencia, en este contexto, a la primera de las dos novelas de Saramago en las que el viaje es motivo estructurante (la segunda es *El viaje del elefante*) obliga a recordar dos cosas. La primera: poco después de *La balsa de piedra*, Saramago publicó en un periódico madrileño (*Diario 16*, 6 de octubre de 1988), el texto “Sobre (mi) iberismo”, posteriormente publicado como prefacio al libro de César Antonio Molina *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa* (cf. Saramago, 1990: 5-9). En ese texto, se discuten algunas de las preocupaciones de Saramago sobre Europa y las prácticas políticas desarrolladas por sus democracias;³⁸ en cierta medida, esas preocupaciones son el motor del viaje ficcional plasmado en esta novela. Segunda observación: la entrada de Portugal y España en la entonces Comunidad Económica Europea, el 1 de enero de 1986, reforzó la postura crítica de Saramago ante lo que, en aquella época y en Portugal, se vivía generalmente de forma casi eufórica, aunque no por Saramago.

Confirmando la inclinación de Saramago por el culto a lo insólito, también en otras novelas (por ejemplo, en *Ensayo sobre la ceguera* o *Las intermitencias de la muerte*), *La balsa de piedra* relata lo que se sabe: de forma absolutamente inesperada, se produce un incidente geológico que separa la Península Ibérica de Europa. La enorme fisura producida en la zona de los Pirineos da legitimidad a la afirmación “la Península Ibérica tiene forma de balsa”, inscrita en la contraportada del libro, y está en sintonía con la afirmación de Estrabón citada en el mismo lugar: “Iberia tiene forma de piel de toro”.

38. Volvemos a encontrar estas preocupaciones en intervenciones de años posteriores, concretamente en “Descubrámonos los unos a los otros”, de 1998 (cf. Saramago, 2018a: 254-267) y, más sucintamente, en “Claro como el agua” y “Volviendo al asunto”, ambos de 2008 (cf. Saramago, 2018b: 44-46 y 58-59).

Comienza así un viaje aparentemente sin ruta definida, cuyos grandes significados adoptan la forma de alegoría, recurso de representación que reaparece en obras posteriores de José Saramago (por ejemplo, en *Todos los nombres* y en *El hombre duplicado*). En este caso, el viaje está protagonizado por cinco personajes viajeros procedentes de diversas partes de Iberia, que se unen en la aventura común de la navegación. Son Joana Carda, de Ereira, cerca de Coimbra; Joaquim Sassa, de una playa del norte de Portugal; Pedro Orce, de un pueblo del mismo nombre en la provincia de Granada; José Anaíço, que vive cerca del río Tajo; y Maria Guavaira, una viuda gallega. Pero eso no es todo. A estos personajes se unen un perro, animal muy del gusto del autor, llamado Constante, y los dos caballos (Pig y Al) que tiran del carro que usa el grupo.

Con la balsa a la deriva por el océano, surge una pregunta inevitable que da un nuevo rumbo a la causa iberista: ¿dónde acabará el viaje? La imagen de la deriva que he utilizado no es fortuita; sugiere una deambulación o, tal vez mejor, un desplazamiento sin puerto de llegada previsto, como en busca de un destino aún por definir. Con una sola certeza: Europa está cada vez más lejos.³⁹

Se introduce aquí otro sentido, muy acorde con el movimiento del viaje: el sentido de alejamiento, con todo lo que implica. Cito *La balsa de piedra*:

Ese fue el día señalado en que la ya distante Europa, que según las últimas mediciones conocidas

39. La deambulación es un elemento estructural de la acción de *El año de la muerte de Ricardo Reis* y del comportamiento de su protagonista, a veces perdido en el laberinto que configura la ciudad de Lisboa. Traté este tema en la conferencia (en proceso de publicación) “José Saramago: el inventor de viajes”, presentada en el Coloquio “José Saramago 100 años: el inventor de brújulas” (Porto Alegre, PUCRS, 22-24 de junio de 2022).

iba por los doscientos kilómetros de alejamiento, se vio sacudida, de los cimientos al tejado, por una convulsión de naturaleza psicológica y social que dramáticamente puso en mortal peligro su identidad, negada, en ese decisivo momento, en sus fundamentos particulares e intrínsecos, las nacionalidades, tan laboriosamente formuladas a lo largo de siglos y siglos. (Saramago, 1999: 194-195)

Hay, pues, una identidad en peligro, que tiene en sus cimientos las nacionalidades y su larga trayectoria histórica. Más adelante, habla de “la seria crisis de identidad en que se debatieron [los países de Europa] cuando millones de europeos decidieron declararse ibéricos” (Saramago, 1999: 262). Así mismo: “declararse ibéricos”, como si antes de la insólita separación se hubiera cancelado la solidaridad de los europeos con una condición ibérica ahora descubierta como motivo y brújula del viaje.

En esta, que es una de las novelas de José Saramago con un propósito político más evidente, se hace patente una idea: la denuncia de una distancia aparentemente insalvable entre la Península Ibérica, como espacio periférico e incluso marginal, y el poder de la Europa central y centralizadora. Y también una segunda idea, que en José Saramago trasciende el mundo narrativo de *La balsa de piedra*: el conocimiento de España por parte de quienes vuelven a pensar el iberismo exige el respeto a las nacionalidades ibéricas y su diversidad, prohibiendo una visión homogeneizadora del país vecino; además, este vecino ha sido visto, por parte portuguesa y durante siglos, como un enemigo. En su lugar (tercera idea), parece conveniente que Portugal y España cultiven un proceso de

descubrimiento mutuo (propio y ajeno) y replanteen su posición geoestratégica en relación con Latinoamérica y África.

La crítica a la llamada europeísta pasa por ahí y abre su propia vía de reflexión sobre el iberismo. Es evidente que una parte importante de ese descubrimiento mutuo pasa por la desmitificación de las imposiciones culturales derivadas de un “comportamiento aberrante consistente en una Europa eurocéntrica en relación consigo misma” (Saramago, 2018a: 258). Así lo afirma Saramago en una conferencia de 1998 titulada “Descubrámonos los unos a los otros”. En cierto modo, el agravio eurocéntrico, reforzado por el contexto político de los años ochenta, explica *La balsa de piedra*, una novela que, en el conjunto de la producción de Saramago, no se encuentra entre las más valoradas por la crítica. Una de las lagunas (o, tal vez, la laguna) de la misma es la indefinición de un puerto de llegada, como si la navegación de la balsa no tuviera un rumbo determinado.

Algunos años más tarde, en la posteridad de su novela, José Saramago propone, en esa conferencia, un destino para el viaje, aunque sea alegórico. Así, el desplazamiento de la navegación hacia el sur implica “un nuevo descubrimiento, un encuentro con los pueblos iberoamericanos e iberoafricanos digno de ese nombre” (Saramago, 2018a: 267). De este modo, en el contexto de un nuevo iberismo como reacción a la realidad política y social europea de finales del siglo XX, podremos “descubrir en nosotros mismos, ibéricos, capacidades y energías de signo contrario a las que han hecho de nuestro pasado de colonizadores un terrible lastre sobre nuestra conciencia” (Saramago, 2018a: 267).

El alivio de ese lastre implica una afirmación conjunta —e ibérica—, de naturaleza identitaria y cultural, estimulada como

reacción a la integración económica europea. Palabras de Saramago en una entrevista de 1986, poco después de la publicación de *La balsa de piedra*:

Lo que pretendo decir en *La balsa de piedra*, en el fondo, es que la Península Ibérica tiene una identidad cultural muy profunda, muy caracterizada, la cual corre graves riesgos en el proceso de integración en la CEE. Esta situación es tanto más peligrosa por cuanto Europa no sabe exactamente quién es [...]. Mi actitud no es aislacionista. En nuestros días no se puede hablar de aislamiento. Tampoco soy antieuropeo. Sólo quiero subrayar que los pueblos de la Península Ibérica deberíamos comportarnos de acuerdo con nuestras ligazones. Es evidente que tenemos unas primeras raíces europeas, pero no hay que olvidar nuestras segundas raíces históricas, que nos vinculan al área lingüística y cultural hispanoportuguesa de América Latina. (*apud* Gómez Aguilera, 2010: 466).

A partir de aquí, Saramago esboza un transiberismo que se asocia a una “vocación del Sur” largamente reprimida. La travesía de la balsa ibérica parece no tener norte, porque, en verdad, es el Sur y su llamada lo que la guía (disculpen el juego de palabras). El transiberismo de José Saramago es, pues, un proyecto de futuro, pero no, contrariamente a lo que ya se ha dicho, una utopía (cf. Baltrusch, 2014), entre otras cosas porque el ideario de Saramago no es compatible con ninguna pulsión utópica.⁴⁰

40. Recientemente abordé esta cuestión en la conferencia inaugural del “Congreso Internacional: Saramago y el Transiberismo”, organizado por la Universitat Autònoma de Barcelona (9, 10 y 11 de marzo de 2022).

Ilustrado por un viaje alegórico, el proyecto transiberiano apunta a una realidad geoestratégica por venir, inspirada en esa a menudo reprimida “vocación del Sur”, “como consecuencia de un remordimiento histórico (...) que solo acciones positivas podrán hacer soportable algún día”, dice Saramago. Y concluye: “El tiempo de los descubrimientos ha terminado. Sigamos, pues, descubriéndonos los unos a los otros, sigamos descubriéndonos a nosotros mismos” (Saramago, 2018a: 267). Como quien dice: el viaje no ha terminado.

Y realmente no ha terminado, porque la reflexión sobre la balsa ibérica señala un camino que, a juicio de algunos, es arriesgado y, como tal, inviable. Otro destino, si se quiere, que, según Saramago, es el de la integración ibérica, en la línea de lo que Clarín presagiaba al hablar de “una sola nación intercontinental”, con extensión iberoamericana.

El pensamiento final de José Saramago se sintetiza en el título-cita de una entrevista de 2007 en el *Diário de Notícias*: “No soy profeta, pero Portugal acabará integrándose en España”. Sea una propuesta consistente o una provocación como otras que hizo el escritor (una de aquellas que indignaron a no pocos portugueses...), el sentido de la integración, según Saramago, queda más explícito en estas palabras: “[Portugal] sería eso [una región de España]. Ya existen Andalucía, Cataluña, el País Vasco, Galicia, Castilla-La Mancha... y luego vendría Portugal”. Y finalmente: “Probablemente [España] tendría que cambiar de nombre y pasar a llamarse Iberia” (apud Gómez Aguilera, 2010: 443).

Ahí tenemos la palabra mágica: Iberia. Mágica y, añadiría yo, también generadora de ambigüedades, contradicciones y controversias, siendo evidente que esta Iberia aparentemente federalista de Saramago recuerda al joven Antero y dista

mucho de Miguel Torga, en particular el del *Diario XVI*. En cualquier caso, el desafío de Saramago nos permite concluir que sí merece la pena descubrir y conocer a nuestro vecino, empezando por esto: aprender el idioma y ampliar así considerablemente nuestro conocimiento de la cultura y la literatura españolas, en un sentido divergente del que quería no exactamente Eça de Queirós, sino su *alter ego* Fradique Mendes, cuando hablaba desde lo alto de su prepotencia. Tendremos, pues, que ir mucho más allá de ese *corpus* que Fradique resumía en los Romanceros, el *Quijote*, algunos “pícaros”, un par de toques de Quevedo y Lope de Vega, y alguna novela de Galdós.

Lo que acabo de llamar un comienzo —el conocimiento de la lengua del otro— conduce a la supresión de otras restricciones, más allá de las fradiquistas. Parte de ese movimiento de supresión es la anulación, sin miedo ni complejos, de unas fronteras que ya no tienen justificación, salvo en la cabeza de los profetas de la invasión que (decía Eça) sería una “enormidad”. A partir de ahí, ya se anuncia otro movimiento, impulsado por los Estudios Ibéricos: se trata de reivindicar “una visión policéntrica (...) de la Península Ibérica, que rechace el monopolio de las relaciones bidireccionales Portugal-España, para incorporar espacios y sistemas “periféricos” o “minorizados” (...): Cataluña, Galicia o el País Vasco, espacios culturales que, a su vez, deben ser considerados en sí mismos como complejos y heterogéneos” (Sáez Delgado y Pérez Isasi, 2018: 6-7).

Para mi formación y mis valores, las literaturas y culturas peninsulares son, finalmente, los marcos de referencia de vivencias iberistas y transiberistas que solo tienen sentido bajo el signo de la pluralidad que hemos observado en los cuatro escritores portugueses a los que he prestado más atención.

Esto significa lo siguiente: en el lado portugués, el debate iberista no se agota, obviamente, en Antero de Quental, Eça de Queirós, Miguel Torga y José Saramago. Y, sin embargo, para lo que aquí me interesa, sus contribuciones son, por el momento, suficientes. Otros, que no yo, dirán más y mejor sobre una materia que no deja de fascinarme, por lo que significa para mí como portugués que soy y como ibérico que me siento.

BIBLIOGRAFÍA

- BALTRUSCH, Burghard (2014). “A nova Mensagem do trans-iberismo – sobre alguns aspectos utópicos e metanarrativos do discurso saramaguiano”, en Burghard Baltrusch (ed.), “*O que transforma o mundo é a necessidade e não a utopia*”. *Estudos sobre utopia e ficção em José Saramago*. Berlin: Frank & Timme, pp. 53-72. [Florianópolis]: Universidade Federal de Santa Catarina.
- BERNDT, Charles Vitor (2017). *Portugal como Destino. Pessoa, Torga e Saramago*.
- BERRINI, Beatriz (ed.) (2000). *Eça de Queiroz: Literatura e Arte. Uma Antologia*. Lisboa: Relógio d'Água.
- CATROGA, Fernando (1993). “Nacionalistas e iberistas”, en *História de Portugal*. Direção de José Mattoso. Lisboa: Círculo de Leitores, V vol.
- GÓMEZ AGUILERA, Fernando (ed.) (2010). *José Saramago en sus palabras*. Madrid: Alfaguara.
- GROSSEGESSE, Orlando (2009). “Torga em Saramago. *Dos Poemas Ibéricos à Jangada de Pedra*”, en *Veredas*, 11, pp. 109-130.
- HERRERO, Jesús (1979). *Miguel Torga poeta ibérico*. Lisboa: Arcádia.
- LINHARES FILHO (1997). *O Poético como Humanização em Miguel Torga*. Fortaleza: Casa de José Alencar/UFC.

- LOPES, Teresa Rita (2009). “A Ibéria de Torga e «Nós, Portugal, o poder ser» de Pessoa”, en Carlos Mendes de Sousa (org.), *Dar Mundo ao Coração. Estudos sobre Miguel Torga*. Alfragide: Texto Editores Lda., pp. 27-37.
- LOURENÇO, António Apolinário (2005). *Eça de Queirós e o Naturalismo na Península Ibérica*. Coimbra: Mar da Palavra.
- LOURENÇO, Eduardo (1974). *Tempo e Poesia*. Porto: Inova.
- LOURENÇO, Eduardo (2001). *Europa y nosotros o las dos razones*. Trad. Ernesto García Cejas y Vicente Araguas. Madrid: Huerga & Fierro.
- MARQUES, Fernando Pereira (2007). “A Questão Ibérica em Antero de Quental”, en RES – PUBLICA. *Revista Lusófona de Ciência Política e Relações Internacionais*, 5/6, pp. 73 – 80.
- MARTINS, J. P. Oliveira (1885). *História da Civilização Ibérica*. 3ª ed. Lisboa: Liv. Bertrand.
- MATOS, Sérgio Campos (2017). *Iberismos. Nação e Transnação, Portugal e Espanha c. 1807-c.1931*. Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra.
- MOURÃO-FERREIRA, David (1969). *Tópicos de Crítica e História Literária*. Lisboa: União Gráfica.
- PAIVA, José Rodrigues de (2008). “Entre Pessoa e Régio, Miguel Torga”, en *Eutomia. Revista Online de Literatura e Linguística*, vol. 1, nº 1, pp. 55-70.
- PESSOA, Fernando (2014). *Libro del Desasosiego*. Traducción, prefacio y notas de Antonio Sáez Delgado. Edición de Jerónimo Pizarro. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- PIWNIK, Marie-Hélène (2002). “Peñas Arriba e A Cidade e as Serras: percursos inversos”. *Congresso de Estudos Queirosianos. IV Encontro Internacional de Queirosianos. Actas*. Coimbra: Almedina/ILLP, pp. 61-74.

- QUEIRÓS, Eça de (1992). *A Capital! Começos duma carreira*. Edição de Luiz Fagundes Duarte. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEIRÓS, Eça de (1995). *La correspondencia de Fradique Mendes*. Traducción de Elena Losada. Barcelona: Ediciones Destino.
- QUEIRÓS, Eça de (2000a). *O Crime do Padre Amaro*. Edição de Carlos Reis e Maria do Rosário Cunha. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEIRÓS, Eça de (2000b). *Los Maia*. Traducción, prólogo y notas de Jorge Gimeno. Valencia: Pre-Textos.
- QUEIRÓS, Eça de (2003). *Contos II*. Edição de Marie-Hélène Piwnik. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEIRÓS, Eça de (2005). *Textos de Imprensa V. Da Revista Moderna*. Edição de Elena Losada Soler. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEIRÓS, Eça de (2008). *Correspondência*. Organização e anotações de A. Campos Matos. Lisboa: Caminho.
- QUEIRÓS, Eça de (2011). *Almanaques e outros dispersos*. Edição de Irene Fialho. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEIRÓS, Eça de e Ramalho ORTIGÃO (1971). *As Farpas. Crónica mensal da política, das letras e dos costumes*. Lisboa: Tipografia Universal, agosto.
- QUEIROZ, Eça de (1964). *El Crimen del Padre Amaro, Obras Completas*. Recopilación, traducción, prefacio, acotaciones marginales y notas explicativas de Julio Gómez de la Serna. Madrid: Aguilar, tomo I.
- QUEIROZ, Eça de (s.d.). *Notas Contemporáneas*. Traducción de Andrés González-Blanco. Madrid: Biblioteca Nueva.
- QUENTAL, Antero de (1982). *Prosas sócio-políticas*. Publicadas e apresentadas por Joel Serrão. Lisboa : Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

- QUENTAL, Antero de (1989). *Cartas I [1852-1881]*. Organização, introdução e notas de Ana Maria Almeida Martins. Lisboa, Univ. dos Açores/Editorial Comunicação.
- REIS, Carlos (s.d.). “Carlos Fradique Mendes”. *Dicionário de Personagens da Ficção Portuguesa*. Coimbra: Centro de Literatura Portuguesa (em <http://dp.uc.pt/conteudos/entradas-do-dicionario/item/927-carlos-fradique-mendes>)
- REIS, Carlos (s.d.). “Tomás de Alencar”. *Dicionário de Personagens da Ficção Portuguesa*. Coimbra: Centro de Literatura Portuguesa (em <http://dp.uc.pt/conteudos/entradas-do-dicionario/item/531-tomas-de-alencar>).
- REIS, Carlos (1990). *As Conferências do Casino*. Lisboa: Publicações Alfa.
- REIS, Carlos (1991). “Um bardo dos tempos novos: a imagem queirosiana de Antero”, in *Revista de História das Ideias*, 13, pp. 179-191.
- REIS, Carlos (1999). “Eça de Queiroz y Clarín o la novela como discurso ideológico”, en *Darío Villanueva et alii* (eds.), *Sin Fronteras. Ensayos de Literatura Comparada en homenaje a Claudio Guillén*. Madrid: Univ. Pompeu Fabra/Univ. de Santiago de Compostela/Ed. Castalia, 1999, pp. 141-152.
- REIS, Carlos (2002). “Os silêncios de Eça”, en Regina Zilberman *et alii*, *Eça e outros: diálogos com a ficção de Eça de Queirós*. Porto Alegre: EDIPUCRS, pp. 21-35.
- REIS, Carlos y Maria da Natividade PIRES (1999). *História Crítica da Literatura Portuguesa. O Romantismo*, V. 2º ed. Lisboa: Verbo.
- RINA SIMÓN, César (2020). *Imaginar Iberia. Tiempo, espacio y nación en el siglo XIX en España y Portugal*. Granada: Editorial Comares.

- SÁEZ DELGADO, Antonio y Santiago PÉREZ ISASI (2018). *De Espaldas Abiertas. Relaciones literarias y culturales ibéricas*. Albolote: Editorial Comares.
- SARAMAGO, José (1986). *A Jangada de Pedra*. Lisboa: Caminho.
- SARAMAGO, José (1990). “Mi iberismo”. Prólogo a César António Molina, *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*. Madrid: Ediciones Akal, pp. 5-9.
- SARAMAGO, José (1999). *La balsa de piedra*. Trad. Basilio Losada. Madrid: Alfaguara.
- SARAMAGO, José (2018a). *Último Caderno de Lanzarote*. Porto: Porto Editora.
- SARAMAGO, José (2018b). *O Caderno*. Porto: Porto Editora.
- TORGA, Miguel (1960). *Diário IV*. 2ª ed.. Coimbra: Edição do Autor.
- TORGA, Miguel (1990). *Diário XV*. Coimbra: Edição do Autor.
- TORGA, Miguel (1993). *Diário XVI*. Coimbra: Edição do Autor.
- TORGA, Miguel (1998). *Poemas Ibéricos*. Trad. y notas Eloísa Álvarez. Madrid: Visor.
- UBIETO, Antonio *et alii* (1972). *Introducción a la Historia de España*. 9ª. ed. Barcelona: Editorial Teide.
- UTT, Roger L. (1988). *Textos y contextos de Clarín*. Madrid: Istmo.
- VÁZQUEZ CUESTA, Pilar (1988). “Eça de Queirós e a Espanha”. *Eça de Queirós et la culture de son temps. Actes du colloque. Paris, 22-23 avril 1988*. Paris : Fondation Calouste Gulbenkian/Centre Culturel Portugais, pp. 69-101.

Los dos textos de José Saramago transcritos a continuación ilustran aspectos importantes del pensamiento del gran escritor portugués sobre cuestiones abordadas en el ensayo *Del iberismo al transiberismo. Mitos, traumas e imágenes*. Por su significado, se justifica que estos textos sean incluidos como apéndices en este volumen.

Agradezco a Pilar del Río y a la Fundación José Saramago la autorización concedida para esta publicación.

C.R.



APÉNDICE

MI IBERISMO Y DESCUBRÁMONOS LOS UNOS A LOS OTROS

José Saramago

Premio Nobel de Literatura

Mi iberismo ¹

No es esta la primera vez que me pregunto sobre las causas y circunstancias que, en estos últimos años de mi vida, me han convertido en casi obligada referencia, por parte portuguesa, siempre que sale a la luz la vieja cuestión del iberismo. Pero ésta será, en efecto, la primera vez que intentaré encontrar una respuesta que, al tiempo que satisface mi propia ilustración de los hechos, pueda servir para delimitar, con suficiente claridad, la reducida área en que, tal vez, se está aplicando, directa o indirectamente, en estas materias específicas, la noción del escritor que soy. Quiero prevenir, al hacer estas salvedades, que cualquier identificación que se haga de mi trabajo literario o de mi intervención cívica y política con un cuerpo de doctrina, plan de acción o una estrategia que apunten al resurgimiento o a la reactivación de la cuestión ibérica tendrá que plegarse, o al menos aquí expresados.

1. Prólogo a César Antonio Molina, *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*. Madrid: Ediciones Akal, 1990, pp. 5-9.

Como cualquier otro portugués antiguo y moderno, fui instruido en la firme convicción de que mi enemigo natural es, y siempre habría de serlo, España. No atribuíamos demasiada importancia al hecho de que nos hubiesen invadido y saqueado los franceses, o que los ingleses, nuestros aliados, nos hubieran explotado, humillado o gobernado: esos no eran más que episodios históricos corrientes que teníamos que aceptar de acuerdo con las reglas de un relativismo práctico, ese que precisamente nos enseña a relativizar, esto es, a tener paciencia. Absoluto, lo que se dice absoluto, desde nuestro punto de vista de portugueses, sólo el rencor al castellano, sentimiento llamado patriótico en que fuimos infatigables en el transcurso de los siglos, lo que, quién sabe, nos habrá ayudado, por el rechazo y por la contradicción, a formar, robustecer y consolidar nuestra propia identidad nacional. No afirmo que las cosas hayan pasado así, es solamente una idea que se me ha ocurrido al socaire de la escritura. Como tampoco afirmo que sea verdad que a todo esto España se haya limitado a responder con absoluta, no relativa, indiferencia, o incluso con algún menosprecio, por añadidura. El alma de los pueblos, si es que soy yo mismo capaz de entender lo que eso quiere decir, no es seguramente menos compleja que aquella que el simple individuo lleva consigo en su única y simple vida.

Este sistema organizado de malquerencias y desconfianzas, cuántas veces paralizador, no me impidió, como tampoco impidió a otros portugueses, interesarme muy de cerca por la cultura española, en especial la literatura y la pintura. En distinto plano, también alenté siempre la curiosidad por saber qué pensaban los españoles de sí mismos (y unos de otros) a lo largo de los tiempos y, poco a poco, pude salir de una visión histórica generalizada para llegar a la apreciación dinámica de las diferencias; creo que he empezado a comprender mejor a España conforme iba reconociendo e identificando, en la plenitud de su expresión, las diversidades nacionales que

veía emerger de la unidad estatal, de lo que resultó, por último, supongo que por un proceso no completamente consciente, una forma de apagamiento subversor de la imagen de España adquirida por vía pasiva a favor del surgimiento irresistible de una constelación socio-histórico-cultural pluriforme, literalmente fascinante. Claro que nada de lo que estoy escribiendo es nuevo: como yo, lo han experimentado todos aquellos que se han acercado a España despojados de ideas preconcebidas, o suficientemente vigilantes como para esquivar los daños que éstas suelen causar a los incautos. Pero, efectivamente, algo vino a modificar mi relación, primero con España, después con la Península Ibérica en su conjunto (lo que equivale a decir que yo empezaba a lanzar sobre mi propio país una mirada diferente): la evidencia de la posibilidad de una nueva relación que sobrepusiera al diálogo entre Estados, formal y estratégicamente condicionado, un encuentro continuo entre todas las nacionalidades de la Península, basado en la búsqueda de la armonización de los intereses, en el fenómeno de los intercambios culturales, en fin, en la intensificación del conocimiento.

No soy tan ingenuo como parece, y en este caso menos que en cualquier otro. Esta concepción abierta de los hechos peninsulares tenía que chocar inevitablemente, y sobre todo por parte de España, con una indignada y muy patriótica resistencia, pues se objetaría que en el «caldo» ibérico así preconizado, se habría de disolver la, desde siempre trabajosa, unidad de los Estados, peligro del que, como sabemos y sin temor alguno a la paradoja, acabamos de ponernos a salvo, portugueses y españoles, gracias a la integración en la Comunidad Económica Europea, escrupulosa a más no poder en lo que se refiere a salvaguardar las identidades nacionales y otros soberanos pruritos de sus miembros... Cuando, por fin, había encontrado ya mi Península Ibérica, en ese momento, la perdía. Intenté mirar más allá de la frontera y comprender lo que

hasta los Pirineos se extendía, y cuando apenas me había empezado a acostumbrar al deslumbramiento de esa nueva visión, acudían los políticos que gobiernan en mi país (otros que también me gobiernan no están aquí), acudían, repito, a enseñarme que tales visiones eran anacrónicamente cortas, que si yo quería ser un hombre de mi tiempo tenía que pasar a jurar por Europa, aun no sabiendo exactamente, ni yo ni ellos, qué Europa es ésa que tan bien parece querernos. En resumen: ser ibérico equivalía, o equivale, a rozar Peligrosamente la traición, ser europeo representa el toque final de la perfección y la vía ancha para la felicidad eterna.

Ahora bien, coincidiendo más o menos con estas desventuras espirituales, y probablemente también por efecto reflejo de la decepción sufrida al querer llegar a un entendimiento más sensible del pequeño y desde ahora frustrado universo ibérico, volví los melancólicos ojos hacia América Latina donde, a pesar de la cúpula magnífica de la lengua del imperio económico, se sigue hablando y escribiendo en portugués y en castellano. No se trata, claro está, de un descubrimiento repentino, de un hallazgo, de un encuentro de civilizaciones; los escritores de allá, tanto prosistas como poetas, no me eran desconocidos y sabía lo bastante de la historia de aquella inmensa parte del mundo como para no desmerecer en una conversación entre amigos o en un debate público a modesto nivel. En cuanto a geografía, debido a mi insaciable curiosidad cartográfica, soy capaz de poner un dedo exacto, sin dudar, en cualquier país que, como test de conocimientos básicos, se me proponga.

La diferencia de esta nueva mirada era que una especie de conmoción, un presentimiento, un alborozo incontenible del espíritu me estaban insinuando que la propia Península Ibérica no podrá ser hoy plenamente entendida fuera de su relación histórica y cultural con los pueblos de ultramar y que,

de seguir la actual tendencia a la relajación de las capas profundas que nos siguen vinculando a ellos (no confundir con aproximaciones políticas y económicas subordinadas, casi siempre, a intereses de terceros), nosotros, los peninsulares, acabaremos en la incómoda situación de quien, habiéndose sentado en dos sillas no sabe cuál de ellas le ofrece más seguridad, siendo cierto, por otro lado, e insistiendo en la metáfora, que el problema de la identidad de quien así se sentó, no saca provecho de la inestabilidad subsiguiente, al precario estatuto, adoptado del que no supo escapar, cuando todavía estaba a tiempo. Quiero decir, en fin, que esta Península, que tanta dificultad tendrá en ser europea, corre el riesgo de perder, en América Latina, no el mero espejo donde podrían reflejarse algunos de sus rasgos, sino el rostro plural y propio para cuya formación los pueblos ibéricos llevaron cuanto entonces poseían espiritualmente bueno y malo y que es, ese rostro, así lo creo, la mayor justificación de su lugar en el mundo. Admitiría que América Latina quisiera olvidarse de nosotros, sin embargo, si se me permite profetizar, preveo que no iremos muy lejos en la vida si escogemos caminos y soluciones que nos lleven a olvidarnos de ella.

Aunque sin concluir, debo terminar. Escribiré sólo las dos Palabras que tengo fijadas en el espíritu que condensan este manojito de ideas desglosadas en concepto: trans-iberismo. Sospecho que hay en ellas la promesa de algo más que un enunciado no carente de sentido lógico. Dicho esto, yendo más allá de la pregunta inicial y proponiendo una nueva, concluyo finalmente: ¿El iberismo está muerto? Sí. ¿Podremos vivir sin un iberismo? No lo creo.

Reconozcamos que no iríamos muy lejos por el camino que nos deberá conducir a una amplia y más productiva comprensión de las cuestiones del iberismo, tanto en su expresión local y actual cuanto en sus futuras manifestaciones dentro y

fuera de la península, si no empezásemos por conocer a fondo, de un modo crítico y objetivo, el solar literario ibérico. Nos perderíamos, como sucedió tantas veces en el pasado, en los embelecos de una retórica vacía y oficialista, que sería la responsable de los nuevos malen tendidos que llegarán a sumarse y a agravar los antiguos. Gracias a los rigurosos y diversificados estudios e indagaciones de César Antonio Molina, reunidos en este libro, la cuestión ibérica, cualitativamente valorada, recobra ahora fuerza y actualidad. Sólo aquellos que todavía se mantienen asidos a prejuicios nacidos de un nacionalismo más defensivo que racional, más hecho de mesianismos que de objetividad, porfiarán en cerrar los ojos. Pero esos, si alguna vez los llegan a abrir, se hallarán, ese día, inmovilizados en la historia, solos.

Descubrémonos los unos a los otros ²

No deben esperar alardes del simple escritor de novelas que soy: aunque no me sean del todo ajenas las virtudes de la ironía y del humor, no me parece que el asunto que nos congrega se preste a exhibiciones de esa naturaleza, a no ser esa modalidad del humor y de la ironía, de todas sin duda la más saludable, que consiste en ser uno, al mismo tiempo, agente y objeto de ella.

En los manuales del perfecto conferenciante, de cuya real existencia no estoy enteramente seguro, aunque ciertamente no habrán escapado a la imaginación de los autores y a la perspicacia de los editores, empeñados, unos y otros, en hacernos la vida más fácil, sin duda se considerarán dos modos

2. José Saramago, *El cuaderno del año del Nobel*. Traducción de Antonio Sáez Delgado. Madrid: Alfaguara, 2018, pp. 245-257. Conferencia pronunciada en el Congreso Iberoamericano de Filosofía, Cáceres, 22 de septiembre de 1998. (Nota de edición: se trata de una transcripción de la conferencia, parte leída, parte improvisada, a partir de notas manuscritas.)

principales de abordar una intervención: el primer modo es el de sopetón, ese que casi no deja que los asistentes se acomoden en los asientos, aturcidos enseguida por la vehemencia de la alocución, por la profundidad de los conceptos o por lo que algunos denominan actualmente comunicación agresiva; el segundo modo, por el contrario, no tiene prisa, procede dando pequeños pasos, avanza con mínimas aproximaciones, es el estilo de quienes, conscientes de que la especie humana está destinada a hablar hasta el fin del mundo, desean que su voz no se ausente demasiado pronto del concierto universal y por eso van simulando que no hay por qué tener prisa. Sabiéndose cómo, en mis novelas, me inclino preferentemente por una escritura narrativa de tipo lento y minucioso, no es de extrañar que, llegada la hora de hablar, decida comenzar por describir el bosque antes de examinar, una por una, hasta donde me alcance el conocimiento, las especies vegetales.

Para este asunto que nos congrega, descubrirnos los unos a los otros, me ha parecido apropiado citar cierto libro que trata de navegaciones, es verdad que insólitas, y de rumbos, es verdad que imprecisos, que puede ayudarme a llevar a puerto de salvación la nave de este texto. Me refiero, como algunos de los presentes habrán adivinado, a la novela titulada *La balsa de piedra*, que, si no llegó a dar la vuelta al mundo, logró perturbar algunas cabezas europeas, excesivamente susceptibles, que pretendieron ver en ella, más que la ficción que es, un acta de protesta y de rechazo contra la Europa comunitaria. Confieso que alguna perturbación de esa naturaleza tocó al autor del libro, que, de tanto enredarse en las corrientes de la marítima historia que iba narrando, hasta llegó al extremo de imaginarse marinero de la fantástica embarcación de piedra en que había transformado la Península Ibérica, fluctuando impávida sobre las aguas del Atlántico, rumbo al sur y a las nuevas utopías. La alegoría es de lo más transparente: aunque

aprovechando y desarrollando, ficcionalmente, algunas semejanzas con las razones de los emigrantes que viajan a tierras extrañas para buscarse la vida, hay en este caso una diferencia sustancial y definitiva: que viajaban conmigo, en la inaudita navegación, además de mi propio país, y para no dejar amputada a la Península, España entera, separada, irónicamente, de Gibraltar, y dejando agarradas al fondo del mar, bien firmes, las islas Baleares y las islas Canarias. Estas mismas islas Canarias donde hoy vivo y adonde no imaginaba que las circunstancias me acabarían conduciendo.

La balsa de piedra es, toda ella, de la primera a la última página, la consecuencia literaria de un resentimiento histórico personalmente asumido. Colocados por las casualidades de la geografía en el extremo occidental del continente europeo, los portugueses, pese a que junto a España llevaron, tanto para bien como para mal, el nombre y el espíritu de Europa a otras partes del mundo, después se quedaron al margen de la Historia. Nos cabe a nosotros, me refiero a Portugal, buena parte de responsabilidad en esa especie de exilio nacional de lo que se ha dado en llamar la «casa común europea», aunque la autoflagelación que nos es característica no deberá dejar en el olvido el desdén y la arrogancia de que nos dieron abundantes muestras las potencias europeas a lo largo de los últimos cuatro siglos. Comenzando, dejémoslo claro, por el más antiguo amigo de Portugal, Gran Bretaña, para quien, hasta tiempos bien recientes, cualquier intento de acercamiento y conciliación de intereses entre los dos estados peninsulares siempre era visto como una potencial amenaza para sus propios e imperiales intereses.

Al decir que llevamos el espíritu de Europa a desconocidas regiones del mundo no es mi intención entonar las acostumbradas aleluyas, el canto habitual de alabanzas a las culturas

y a la civilización europeas. No les voy a cansar repitiendo el extensísimo catálogo de sus maravillas, desde los griegos hasta los tiempos de hoy. Sabemos de sobra que Europa es madre ubérrima de culturas, faro inapagable de civilización, lugar donde podría instituirse el modelo humano que más próximo está, supongo, al prototipo que Dios tendría en mente cuando colocó en el paraíso al primer ejemplar de nuestra especie. Así, de esta manera idealizada, es como los europeos se contemplan a sí mismos: «Yo soy de lo más bello, de lo más inteligente, de lo más sabio, de lo más culto y civilizado que la tierra ha producido hasta ahora».

Ante la benévola imagen con que los europeos suelen envolver su presunción, y como contrapartida, sería ahora el momento de describir la ciertamente no menos extensa relación de desastres y horrores de Europa, lo que acabaría conduciéndonos a la deprimente conclusión de que la famosa batalla celeste, poéticamente descrita por Milton en su *Paraíso perdido*, entre los ángeles sublevados y los ángeles obedientes, fue ganada por Lucifer, y que el único habitante del paraíso habría sido la serpiente, encarnación tangible del Mal y su gráfica representación, que no necesitó de macho, o de hembra, si macho era, para proliferar en número y en cualidad. Sin embargo, no haremos esa relación, como no hicimos antes aquel catálogo.

Claro que, desde un punto de vista abstracto, Europa no tiene más culpas en la notaría de la Historia que cualquier parte del mundo donde, ayer y hoy, por todos los medios, se hayan disputado o se estén disputando el poder y la hegemonía, pero la ética, que debería aplicarse, como dice el sentido común, sobre lo concreto social, es la menos abstracta de todas las cosas y, aunque variable según el tiempo y el lugar, permanece siempre como una presencia callada y rigurosa que, con su mirada fija, pide cuentas todos los días. Europa debería presentar ante el tribunal de la conciencia mundial, si eso existiera, el balance de su gestión histórica (perdónese esta

jerga de burócrata), para que no siga prolongando su pecado mayor y su mayor perversión, que es, y ha sido, la existencia de dos Europas, una central, otra periférica, con el consecuente lastre de injusticias, discriminaciones y resentimientos. Responsabilidad esta que la nueva Europa comunitaria no parece querer asumir, la malla de prejuicios y de opiniones hechas en que continuamente nos enredamos y paralizamos y con la que se deforma la más abierta voluntad de diálogo y colaboración. No hablo de las guerras, de las invasiones, de los genocidios, de las eliminaciones étnicas selectivas, que no cabrían en un discurso como este. Hablo, sí, de la ofensa grosera, más allá de la congénita malformación que denominamos eurocentrismo, el comportamiento aberrante que consiste en que Europa sea eurocéntrica en relación a sí misma: para los Estados europeos más ricos, y si creemos en su narcisista opinión de considerarse culturalmente superiores, el resto del continente sigue siendo algo más o menos vago y difuso, un tanto exótico, un tanto pintoresco, merecedor, como mucho, del interés de antropólogos y arqueólogos, pero donde, a pesar de todo, contando con las adecuadas colaboraciones locales, todavía se pueden hacer algunos buenos negocios.

Ahora bien, considero que no habrá una Europa nueva si esta que tenemos no se instituye decididamente como una entidad moral. Tampoco habrá una nueva Europa mientras no sean abolidos los egoísmos nacionales o regionales, reflejos defensivos de un supuesto predominio o subordinación de unas culturas sobre otras. Tengo presente, claro está, como pura obviedad, la importancia de los factores económicos, políticos y militares en la formación de las estrategias globales, pero siendo yo, por fortuna o desgracia, hombre de libros, es mi deber recordar que las hegemonías culturales de nuestro tiempo son resultado, esencialmente, de un doble y acumulativo proceso de exhibición de lo propio y ocultación de lo ajeno, y que ese proceso, con el paso del tiempo, ha tenido el arte de imponerse como algo inevitable, muchas veces

favorecido por la resignación, cuando no por la complicidad de las propias víctimas. Ningún país, por más rico y poderoso que sea, debería arrogarse una voz más alta que los demás. Y ya que de culturas venimos hablando, diré también que ningún país, grupo, tratado o pacto de países tiene derecho a presentarse como mentor o guía cultural de los restantes. Las culturas no deben ser consideradas más ricas o más pobres, son todas ellas culturas y basta. Desde este punto de vista, se auxilian unas a otras, y será por el diálogo entre sus diferencias, las cualitativas, no las cuantitativas, por lo que se justificarán mutuamente. No hay, y espero que no lo haya nunca, por ser contrario a la pluralidad del espíritu humano, una cultura universal. La Tierra es única, pero no el ser humano. Cada cultura es, en sí misma, un universo potencialmente comunicante y receptivo: el espacio que las separa es el mismo que las liga, como el mar separa y liga los continentes.

Dentro de la mal avenida casa europea, las dificultades de relación entre los pueblos fueron y siguen siendo el más serio de los problemas que tendremos que resolver si queremos llegar a un entendimiento que haga de la vida en Europa algo diferente de lo que ha sido hasta ahora: una lucha obsesiva por la riqueza y el poder. Si esto es así, ¿qué podría decirse de la relación de Europa en su conjunto con los pueblos que, a partir del siglo XV, voluntariamente o forzados, entraron en el proceso general de ensanchamiento y conocimiento del mundo iniciado con los descubrimientos y las conquistas?

Verdaderamente, desde que Colón, en 1492, tocó tierra americana creyendo que había llegado a las Indias, y que Álvares Cabral, en 1500, por casualidad o a caso hecho, encontró Brasil, fueron diversas, pero nunca contradictorias, las imágenes que Europa fue recibiendo de ese nuevo mundo, incomprensible en muchos aspectos pero, como la historia vino luego a demostrar, bastante dúctil y moldeable, bien por la violencia

de las armas, bien por la persuasión religiosa, para los intereses materiales y las conveniencias ideológicas de quienes, habiendo comenzado como descubridores —siempre alguien tuvo que descubrir, siempre alguien tuvo que ser descubierto—, inmediatamente pasaron a explotadores. El soldado y el fraile que pusieron pie en las nuevas tierras descubiertas llevaban a los combates armas diferentes: uno blandía la espada, otro imponía la cruz. Si no fueron iguales los medios usados, sin duda coincidieron en los fines, en el mismo objetivo de dominio: el de las almas transportadas por los cuerpos, el de los cuerpos animados por las almas. Por una dádiva suplementaria del Creador —me sea permitida la melancólica ironía—, el oro y los diamantes volvieron más atractiva y compensadora la empresa de la evangelización. Ante tantas maravillas, poco significarían las devastaciones, los genocidios y los saqueos, y menos aún en las conciencias de la época, que ponían por encima de todo, a la vez que sus intereses personales, siempre humanamente legitimados, los intereses de Dios y de la corona, justificados, en caso de duda, por adecuadas razones de fe y de Estado. Previendo algún que otro escrúpulo moral, siempre posible en la problemática naturaleza humana, quisieron el azar y la Providencia que viniesen al mundo, en el momento necesario, un Bartolomé de las Casas y un António Vieira, para que, en España y en Portugal, pudieran tener los indios sus defensores, es verdad que oficiosos, de las peores arbitrariedades y de las más escandalosas extorsiones a que eran sometidos.

Los tiempos fueron cambiando, la Historia perfeccionó los métodos. De acuerdo con sus intereses nacionales, cada país de Europa, a lo largo de los siglos, miró al continente americano a su propia e interesada manera, y de ese modo particular de mirar pretendió invariablemente sacar algún provecho, incluso cuando fue necesario presentarse, durante el tiempo conveniente, con la imagen y la apariencia de un libertador.

Llegados a este punto, espero que comience a entenderse el título, aparentemente conciliador, de *Descubrámonos los unos a los otros*. Quiero dejar claro que no tengo como objetivo, de modo directo o metafórico, con un oportunismo que en el mejor de los casos llegaría fuera de tiempo, intentar armonizar la polémica palabra descubrimiento con los diplomáticos y vanos arreglos de última hora que pretendieron sustituirla, por vía de una simulación que ni las buenas intenciones lograron disculpar, con expresiones aparentemente más consensuales, como serían las de encuentro de pueblos y diálogo de culturas. Tanto por manera de ser como por formación adquirida, he procurado no caer en la fácil tentación de añadirle a la realidad conceptos que no se correspondan con el grado de fidelidad (siempre relativa, ay de mí) que, a pesar de las consabidas debilidades del espíritu humano en general, y del mío en particular, nos evita incurrir en excesivas perversiones de juicio. Con esto quiero decir que si a unos no les agrada la palabra *descubrimiento* (lo que, siendo su derecho, no llega a modificar la evidencia histórica), a otros, sean portugueses o españoles, no los absuelve el hecho de llamar hoy diálogo de culturas y encuentro de pueblos lo que antes fue violencia, depredación y conquista.

Aprovechando la ocasión, podría introducir en mi discurso la nómina de los mil y un bárbaros hechos practicados por los españoles contra los pueblos del Nuevo Mundo, según rezan las crónicas, y que nadie, por más explicaciones que invente, logrará justificar algún día. No lo haré: el refrán, buen consejero, avisa de que no deberá tirar pedradas al tejado del vecino quien tenga de vidrio el de su propia casa. Por eso renuncio a tomar como blanco de mi puntería los tejados del vecino peninsular y pongo a la vista mis propios y frágiles techos. En una carta fechada el 20 de abril de 1657, nuestro padre António Vieira, ya antes citado, escribía desde Brasil al rey don Alfonso VI de Portugal: «Las injusticias y las tiranías que se han

infligido a los naturales de estas tierras exceden en mucho a las que se hicieron en África. En espacio de cuarenta años se mataron y se destruyeron en la costa y desiertos más de dos millones de indios y más de quinientas poblaciones, así como grandes ciudades, y de esto nunca se vio castigo». No citaré más, no buscaré otras fuentes: por esta única teja partida entra el huracán de las atrocidades portuguesas, tan destructor como el que forjó para España la materia de la Leyenda Negra, uniendo a portugueses y españoles con cuantos pueblos, desde el comienzo de la Historia, ejercieron dominio violento e intolerante sobre otros pueblos.

No llevamos nuestras culturas a un diálogo con otras culturas, corrompimos las que encontramos y, en el caso de los pueblos incas, mayas y aztecas, destruimos las civilizaciones que les habían dado origen y de las que se sustentaban. De esa culpa añadida estamos los portugueses, por pura casualidad, exentos, tan solo porque «nuestros» indios, los de Brasil, se encontraban, en todos los aspectos, en un nivel de desarrollo inferior. No aceptaremos que nos condenen como los mayores criminales de la Historia, pero no procuraremos absoluciones a toda costa. Por otro lado, levantar un monumento a las víctimas de la invasión europea de 1492, como hizo o quiso hacer el digno alcalde de Puerto Real, en España, demuestra una ingenuidad filosófica totalmente al margen de las realidades históricas y parece ignorar que los responsables de la invasión económica y de la ocupación política de que son víctimas, hoy y no ayer, hoy y no hace cinco siglos, los pueblos de América Latina, no se llaman Colón ni Cabral, sino que usan nombres y apellidos de inconfundible acento anglosajón. Digamos también, si persistimos en esa idea de una póstuma e inocua justicia, que no tendremos más remedio que cubrir toda la tierra de monumentos a las víctimas de invasiones, porque, como bien sabemos, el mundo, desde que es mundo, no ha hecho otra cosa que invadir el mundo...

Ahora bien, lo que pretendo decir en esta intervención (las excepciones, de haberlas, no cuentan, dado que no pudieron ni podrían contrariar la regla), repito, lo que pretendo decir es que el descubrimiento del otro casi siempre ha significado el nacimiento en el espíritu del descubridor, mucho más que en el espíritu del descubierto, de diversas expresiones de intolerancia, desde el rechazo de las diferencias más simples, hasta las manifestaciones más extremas de xenofobia y racismo. La intolerancia, después de tantas pruebas dadas, ya se nos presenta como una expresión trágicamente configuradora de la especie humana y de ella inseparable, probablemente tiene raíces tan antiguas como el momento en que se produjo el primer encuentro entre una horda de pitecántropos blancos y una horda de pitecántropos negros... No nos engañemos a nosotros mismos: el día en que Cabral y Colón pusieron pie en las tierras nuevamente descubiertas, lo que dentro de ellos y de la gente que los acompañaba despertó violentamente fue, una vez más, el demonio de la intolerancia, la dificultad de aceptar y reconocer al otro en todas sus diferencias y, lo que es peor, el rechazo a admitir que la razón del otro podría racionalmente prevalecer sobre la nuestra y que el espíritu del otro quizá alcanzara, por sus propios medios, una plenitud igual o superior a la que, suponemos, ha llegado el nuestro. Descubrimos al otro y, de paso, lo rechazamos. Así como Macbeth dijo que no bastaría toda el agua del gran Neptuno para lavar la sangre de sus manos, tampoco habrá dialéctica ni sofística capaces de encubrir o disfrazar la intolerancia que llevamos en la masa de nuestra propia sangre.

Ciertamente, aquellos que, por inclinación personal o por formación, pudieron beber del manantial de las humanidades y aprendieron con sus propias flaquezas la dura lección de las imperfecciones y de las vulgaridades humanas, esos logran oponerse, de forma que llamaría culturalmente espontánea, a

cualquier comportamiento intolerante, ya sea su origen y fundamento de raza, frontera, color, casta o religión. Sin olvidar que las clases sociales, por su ordenamiento piramidal y las consecuentes contradicciones internas de poder y de dominio, reproducen y desarrollan, en la mecánica de sus conflictos, comportamientos de intolerancia muy semejantes. Entre nosotros, el negro tiene, cuántas veces, la piel blanca, y el musulmán puede muy bien ser el cristiano cumplidor que, aunque bautizado y confirmado, aunque regularmente se confiese y comulgue, pertenece a otra iglesia social...

Todas las protestas, todos los clamores, todas las proclamaciones contra la intolerancia son justas y necesarias, pero la experiencia de tantas expectativas defraudadas y de tantas ilusiones perdidas aconseja que moderemos nuestra satisfacción siempre que, como consecuencia de esas u otras acciones, la intolerancia detenga su avance e incluso recule ocasionalmente, a la espera, deberíamos saberlo, de tiempos más propicios. Prácticamente todas las causas de la intolerancia han sido identificadas, desde las proposiciones políticas con objetivos finales de apropiación territorial, que dan como pretexto supuestas purezas étnicas y no dudan en adornarse con las neblinas del mito, hasta la crisis económica y la presión demográfica, que, no necesitando invocar justificaciones ajenas a su propia necesidad, tampoco las desdeñan cuando, en un momento agudo de esas mismas crisis, se considera conveniente el uso táctico de potenciadores ideológicos. Esos potenciadores, a su vez, en un segundo tiempo, podrán transformarse en móvil estratégico autosuficiente.

Infelizmente, como si los hechos anteriores, de naturaleza y consecuencias semejantes, hubiesen sucedido en un planeta sin comunicación con este, los brotes de intolerancia, sean cuales sean sus orígenes históricos y sus causas inmediatas

encuentran facilitadas sus operaciones de corrupción de las conciencias, entorpecidas estas por egoísmos personales o de clase, disminuidas éticamente, paralizadas por el temor cobarde de parecer poco patriotas o poco creyentes ante la insolente y agresiva propaganda racista o confesional que, poco a poco, va despertando la bestia que dormía en cada uno de nosotros, hasta que aparece la intolerancia, la violencia, el crimen. Nada de esto debería sorprendernos, aunque, con desconcertante ingenuidad, quizá desprovista de cinismo, pero igualmente nociva, henos aquí preguntándonos, una vez más, cómo es posible que haya regresado el flagelo cuando lo considerábamos extinto para siempre, en qué terrible mundo seguimos viviendo cuando creíamos haber progresado en civilización, cultura y derechos humanos.

Que esta civilización —y no me refiero solamente a la que, de modo simplificador, denominamos occidental— esté llegando a su término parece ser un punto indiscutible para todo el mundo. Queda claro que entre los escombros de los regímenes desmoronados o en vías de desmoronarse —socialismos pervertidos y capitalismo perversos— comienzan a esbozarse los conflictos de siempre, entre tanteos y dudas, recomposiciones de viejos materiales renovados por la lógica de hierro de la interdependencia económica y de la globalización de la información. De modo menos evidente, por pertenecer al territorio de lo que, metafóricamente, denominaría «ondulaciones profundas del espíritu humano», es posible identificar, en la circulación de las ideas, un impulso que apunta a un nuevo equilibrio, una reorganización de valores que debería suponer una redefinición racional y sensible de los viejos deberes humanos, tan poco estimados en nuestros días. De este modo quedaría colocada, al lado de la Carta de los Derechos Humanos, la Carta de sus Deberes, una y otra indeclinables e imperiosas, y ambas, en el mismo plano, legítimamente

apelables. A Colón y a Cabral no se les podía exigir que pensarán en estas cosas, pero nosotros no podemos ignorarlas.

Es tiempo de terminar. Entre tanto, la balsa de piedra navegó hacia el sur unas cuantas millas más. Su ruta terminará en un punto del Atlántico situado en algún lugar entre África y América. Ahí, como una nueva isla, se detendrá. Transportó a los pueblos de la Península herederos de los antiguos descubridores, los condujo al reencuentro con las raíces que antes otros plantaron —los árboles europeos convertidos en selvas americanas—, y si, como propongo en esta charla, descubrir al otro será siempre descubrirse a uno mismo, aclaro que mi deseo al escribir ese libro fue que un nuevo descubrimiento, encuentro con los pueblos iberoamericanos e iberoafricanos digno de ese nombre, permitiera descubrir en nosotros, ibéricos, capacidades y energías de señal contraria a las que hicieran de nuestro pasado de colonizadores un terrible hecho de conciencia.

Un político catalán, Ernest Lluch, escribiendo sobre *La balsa de piedra*, sugirió que mi pensamiento íntimo no habría sido separar la Península Ibérica de Europa, sino transformarla en un remolque que llevase a Europa hacia el sur, apartándola de las obsesiones triunfalistas del norte, ahora solidaria con los pueblos explotados del Tercer Mundo. Es bonita la idea, pero verdaderamente no me atrevería a pedir tanto. Sería suficiente que España y Portugal, sin dejar de ser Europa, descubrieran en sí mismos, finalmente, la vocación de sur que tienen reprimida, tal vez como consecuencia de un remordimiento histórico que ningún juego de palabras podrá borrar, que solo acciones positivas un día lo harán soportable. El tiempo de los descubrimientos no ha terminado. Continuemos, pues, descubriéndonos los unos a los otros, continuemos descubriéndonos a nosotros mismos.

